

Uta Kolesch

ULRIKE



Jahrgang 1939



Para: **Dani**, quien ha logrado admirablemente establecerse en un país desconocido, nuevo para ella

Stefan, quien está descubriendo más y más un genuino interés en la historia de sus antepasados alemanes,

Kristin, quien en cierto modo aún está buscando su propia identidad y para quien este “documento” tal vez resulte de cierta ayuda.

Para: “**Linde**” y “**Ekkes**”

Introducción

Si tú quieres conocer la razón para estas anotaciones o si te parece presuntuoso el querer retener algunos períodos de una vida cualquiera o de evocar recuerdos que tal vez deberían ser reservados a un grupo reducido de personas, entonces la decisión por una eventual justificación de tal "publicación" quedará sometida sencillamente a tu propio juicio. Pero si tú también formas parte de la "Promoción del 39", o tal vez un poquito antes o un poquito después, entonces podría darse el caso que halles algún paralelo con acontecimientos de tu propia vida, y la retrospectiva hasta te resulte agradable y valiosa.

La presente historia es la historia de la vida de una persona totalmente desconocida, absolutamente del promedio, simplemente de un ser humano de nuestra época, de la segunda mitad del siglo pasado, de los años que acostumbramos llamar los 50s, los 60s, los 70s o los 80s. Se trata de la vida de una mujer que pertenece a aquella generación que creció durante los años que siguieron a la segunda guerra Mundial y que tuvo la suerte de pasar su infancia sin mayores percances por causa de este conflicto, conservando en general pocos e imprecisos recuerdos y nociones de esta época turbulenta de tal suerte que hasta depende de los relatos de terceros o de lo que ha leído en los libros.

Me atrevería decir que una gran mayoría de los que pertenecemos a esa promoción del 39 somos parte de una generación afortunada de alemanes con muchos y mayores posibilidades que nuestros padres y madres de formar parte de los nuevos tiempos, de involucrarnos activamente en ellos, de

familiarizarnos con todo lo nuevo de este siglo, vivirlo, convivir con él y al mismo tiempo tratar de conservar lo viejo, lo transmitido de generación en generación, pasarlo a los que nos siguen y que también tienen derecho de conocer lo que otorgó constancia y valor a nuestras vidas y lo que para nosotros significó solidez y apoyo en un mundo inseguro y tambaleante y cuyo futuro dependerá tal vez justamente del hecho de que estas tradiciones sean mantenidas intactas y con vida.

Es posible que sea simplemente ésta la razón por la cual quise escribir esta historia ya que estoy convencida de que también en nuestro mundo "moderno", las máximas "anticuadas, pasadas de moda" tienen su validez y conservan su importancia.

U.K.
Caracas – Los Anaucos
Octubre 2010

INFANCIA Y JUVENTUD

En una pequeña ciudad
Biberach, hasta el año 1949

La madre de Ulrike descendía de una antigua familia del norte de Alemania. No le había sido fácil, después de contraer matrimonio con el padre de Ulrike, mudarse con su esposo al sur de donde él era natural y donde era profesor en una universidad reconocida. Aquello había sido antes de la gran guerra. Después, cuando Alemania estaba destruida y dividida en cuatro zonas de ocupación (inglesa, francesa, rusa y estadounidense), muchos de los profesores universitarios se veían imposibilitados de seguir enseñando ya que a una u otra de las fuerzas de ocupación les resultaron demasiado "germanas" algunas de las materias del plan de estudios, o cualquiera que haya sido la razón para semejante prohibición. Por esta razón, los padres de Ulrike se vieron en la necesidad de trasladarse a otra ciudad, allí donde vivían los abuelos paternos, para tener de esta manera, por lo menos para el primer momento de aguda necesidad, un techo donde refugiarse junto con sus tres pequeños hijos.

Sí, Ulrike también tenía hermanos, una hermana dos años mayor y un hermanito tres años menor que ella. Los tres se entendían bastante bien; la hermana tenía que contarle cuentos antes de dormir. Era muy buena en eso de inventar cosas. Tenía una imaginación extraordinaria y no solamente adornaba sus cuentos con detalles exquisitos y sorprendentes, sino además sabía elaborar dibujos coloridos con elegantes princesas y príncipes equipados con sombreros de plumas, capas ricamente bordadas y una espada colgando del cinturón.

Cuando Ulrike no dejaba de insistir en querer escuchar más y más cuentos, entonces podía suceder que la hermana exigía que Ulrike también contara algún cuento a lo que ésta invariablemente contestaba, que aún era muy pequeña para algo así y que todavía le faltaba aprender.

Con el hermano menor Ulrike gustaba de jugar afuera en la calle. Habían trabado amistades con otros niños de la vecindad y como todavía no existía la televisión, y la gente por lo general tampoco tenía ni radio ni tocadiscos – no hay que olvidar que se había perdido la guerra y todo el mundo se esforzaba en conseguir más bien comida para la mesa y ropa para vestir – los niños pasaban gran parte del día en la calle y en los parques públicos que todavía existían fuera del casco central de la ciudad o que ya habían vuelto a existir. Asimismo los chicos lograban aprender a montar la bicicleta o los patines a cuatro ruedas sin correr peligro alguno ya que automóviles tampoco existían en estos años de miseria y escasez, ni siquiera había la posibilidad de hacerse con uno lo cual además no era necesario puesto que la ciudad donde creció Ulrike después de terminar la guerra, no era grande y a todos los sitios se podía llegar caminando.

Se trataba de una ciudad pequeña y acogedora, en medio de un paisaje suave de ondulantes colinas que constituye el distintivo y el atractivo de la formación geológica de la Alta Suabia, a poca distancia de la frontera con Suiza y que además contaba desde siempre con una línea de ferrocarril que a medida que quedaron atrás los meses y años de mayor penuria, comenzaba a conectar la pequeña ciudad con algunas de mayor tamaño de sus alrededores.

Naturalmente no transcurría mucho tiempo antes que nuevas y modernas tiendas se instalaran en la región e importantes industrias la escogieran como sede de sus transacciones comerciales. De todas partes comenzaban a llegar gente para trabajar en estas fábricas y todas las que llegaban se encariñaban con la ciudad, se quedaban y se convertían en nuevos ciudadanos y con la ayuda de ellos y la gran destreza y dedicación de los habitantes de siempre, se logró crear un nuevo bienestar para la ciudad y gran prestigio, fama y prosperidad.

Desde mucho tiempo atrás la ciudad ya había contado con una historia propia y rica en personalidades famosas: pintores, músicos, poetas y orfebres se cuentan entre sus hijos predilectos y todavía hoy la ciudad conserva su importancia y su significado gracias a que sus ciudadanos supieron conservar, cultivar y transmitir a sus descendientes las tradiciones y valores que han marcado durante siglos y siglos la imagen y el carácter de esta pequeña ciudad.

Existe por ejemplo una fiesta muy importante para grandes y pequeños que se repite año tras año y que invariablemente atrae miles de visitantes de toda la región y hasta llegan del extranjero, para una vez más participar, cuando se trata de ex-ciudadanos, o para conocer aunque sea una vez este júbilo general, esta euforia colectiva que se apodera de la ciudad cuando se trata de festejar el tan esperado "Schützenfest".

En el fondo se trata de una fiesta para los niños y todos los colegios sin excepción entran en reñida competencia para inventar y representar el grupo más original y más colorido en los grandes desfiles que durante dos días llenan las calles, plazas y avenidas con una explosión de brillantes colores, alegres bailes y música de trompetas, flautas y tambores. Muchas semanas antes del acontecimiento se ensayan los bailes, se aprende la música y se estudian los papeles de los diferentes personajes porque también hay un teatro durante el Schützenfest.

Cada año representan a un cuento diferente y son únicamente los niños, cientos de niños, que actúan y bailan y se diviertan dando vida a muchos personajes de los cuentos de hadas de todos los tiempos. Es un gran honor y una gran distinción si seleccionen a uno para algún papel o mejor aún, para el rol principal, y nada importa si esto significa muchas horas de ensayo después del colegio y aún los fines de semana. Mil veces se ve compensado este esfuerzo si finalmente el pequeño actor se encuentra a si mismo parado en el escenario, en medio de la brillante luz de grandes reflectores y envuelto en el cálido y sonoro aplauso de todos los espectadores, recibiendo numerosos regalitos al final de la representación por parte de los orgullosos papás, familiares y amistades. Es esta una sensación embriagante y todos los años centenares de niños esperan y rezan para una vez más, o esta vez sí, estar entre los escogidos que formarán parte del elenco teatral.

Una sola vez tuvo Ulrike la suerte de haber sido escogida. En realidad ella no lo deseaba tanto como otros ya que desde siempre había sido un poco tímida, y eso de bailar o hablar delante de tanta gente no era precisamente lo que más le gustaba, por lo menos no entonces cuando apenas contaba siete u ocho años. Ella prefería mantenerse en segundo plano y preferiblemente no llamar la atención sobre su persona. Y sin embargo se sintió muy orgullosa cuando la

escogieron para ensayar junto con otras niñas una pequeña coreografía en la que representaban estrellitas bailando alrededor de la luna. Pero a Ulrike las cosas no le salían tan bien y finalmente la sentaron en el piso, junto con otras, para formar un coro que acompañaba a las bailarinas.

Muy diferente eran las cosas con su hermana mayor. Ella sí participaba casi todos los años y varias veces recibía los papeles más cotizados porque cuando se sabe inventar y contar cuentos, naturalmente no se tiene muchas dificultades para representarlos en un escenario. De todos modos ya muchas veces antes lo había hecho en el dormitorio de los niños en la casa dónde las camas arrimadas juntitas representaban el escenario improvisado y Ulrike y el hermano menor el feliz y entusiasta público.

De esta manera transcurrían los primeros años de su niñez en esta pequeña ciudad en el sur de Alemania. Ulrike atendía la escuela primaria, aprendía a leer y a escribir y también a recitar de memoria la tabla de multiplicar. Dibujaba con tiza sobre el asfalto de las calles rectángulos sobre los cuales había que saltar con una sola pierna sin tocar una línea, caminaba los domingos en compañía de sus papás y de sus hermanos hasta la casa de sus abuelos y tías para visitarlos, y los fines de semana se bañaba en el riachuelo que realmente no era muy limpio pero tampoco muy profundo y donde uno podía avanzar casi hasta la mitad del río sin que el agua le llegara a uno más arriba de medio pecho. También había patos nadando en este riachuelo y desde la altura de un pequeño puente uno podía lanzar pedacitos de pan para alimentarlos. No muy lejos de allí y río arriba, se encontraba una acogedora taberna con grandes árboles de castaños en el patio y rústicas mesas y sillas de madera dónde los parroquianos acostumbraban a comer su merienda o simplemente tomar cerveza los días domingo en la tarde.

Para Ulrike esta taberna tenía un atractivo muy especial y durante toda la semana ella a menudo soñaba con el momento de poder ir allá, soltar el pequeño bote a remos del tabernero que se encontraba anclado a unos pasos del patio de los castaños, y luego ir remando río abajo, a veces sola, a veces con otros visitantes, para observar muy de cerca a los patos que había visto desde el puente.

Era esta una época tranquila y feliz para Ulrike y sus hermanos, para sus padres sin embargo, seguían existiendo los problemas y las preocupaciones. No resultaba tarea fácil construir un futuro sobre las ruinas del gran colapso, criar adecuadamente a tres niños, encaminar su educación y su posterior formación profesional y crear las bases para todo aquello. Finalmente los padres decidieron abandonar la pequeña ciudad para mudarse a una mucho más grande, una ciudad que quedaba en el norte del país y que muy probablemente ofrecería mejores oportunidades de trabajo para el padre de Ulrike y mejores perspectivas para el futuro de todos. Los otros abuelos vivían allá, los padres y demás familiares de la mamá de Ulrike. Es allí donde la familia pensaba ir para colaborar con el abuelo quién buscaba un socio para su negocio y quién de esta manera ofrecía la posibilidad de construir un nuevo futuro para todos

Los abuelos del Norte

Bremen, 1949-1950

Los abuelos en la gran ciudad del norte de Alemania tampoco lo habían pasado muy bien. Los años de guerra (la segunda tragedia ya para ellos puesto que también la primera guerra mundial les había causado grandes pérdidas y preocupaciones) y los tiempos que siguieron a las derrotas no habían sido fáciles. Dos veces les habían bombardeado sus viviendas y ambas veces los resultados habían sido catastróficos. Perdieron todos sus pertenencias, pero siempre el abuelo y la abuela habían logrado volver a empezar, llevar adelante la familia con la ayuda de una de sus hijas, la única que no se casó porque su prometido no había sobrevivido a la guerra, como tampoco el único hijo varón de los abuelos, el tío de Ulrike.

Mucho más tarde, ya de adulta, casada y viviendo en un país lejano, Ulrike de pronto comenzó a interesarse más y más en la familia que había dejado en Europa. De modo que poco a poco llegó a enterarse de los comienzos y del origen por ejemplo de aquella familia en el norte de Alemania que era la de su madre y de la cual también Ulrike había heredado una parte esencial que con el correr del tiempo contribuiría a formar ese tipo de persona que sería Ulrike, su naturaleza y su manera de ser.

Entre las cosas que ha dejado la bisabuela se encontró un manuscrito de varias páginas: es la descripción de una época allá por el año 1840 y Ulrike se ha propuesto traducir este texto del alemán al idioma de sus hijos, porque ella tiene el deseo y la intención de que ellos aprendan y conozcan sus orígenes, sus raíces y sobre todo el hecho de que las tienen a pesar de vivir sobre un suelo ajeno, en un país extraño, pero al que entretanto han hecho suyo igual como se ha convertido en hogar y patria para Ulrike.

La bisabuela en el año 1886 escribió el siguiente texto:

"Al llegar al decimonoveno año de mi vida, me comprometí en matrimonio el 19 de Abril de 1840 con el Andreas M., nacido el 9.2.1816 a quién había conocido en casa de una amiga. Andreas era el tercer hijo del cervecero H.M. y de la Sabine B. y de joven había decidido hacerse marinero. De manera que después de celebrar su confirmación, entró en el gremio de los navegantes. Había ya participado en diferentes viajes como grumete, marinero de segunda y marinero de primera, cuando su padre tuvo la mala suerte de lastimarse la mano durante una caída, de modo que ésta se torciera y quedara rígida quedando él en la imposibilidad de ocuparse de sus labores como acostumbraba. Por lo tanto propuso a Andreas abandonar la vida en alta mar para hacerse cervecero. Andreas, quién no había estado totalmente convencido de la carrera de marinero, accedió de buenas ganas y viajó a Bavaria para aprender el oficio de fabricar la cerveza de baja fermentación (Lagerbier) trabajando en varias cervecerías del lugar. Su padre venía fabricando entonces solamente cerveza negra o la muy común cerveza de trigo. A su regreso, Andréas ingresó al negocio de su padre quién al poco tiempo le confió la gerencia absoluta del mismo. Compraron la casa vecina y debajo de la parte posterior de la casa, así como debajo del patio y del cuarto de embalaje se construyó la cava de fermentación.

Nuestra casa-vivienda estaba entonces ubicada en un sitio muy agradable con una vista amplia sobre el río y el antiguo camposanto de la iglesia que ahora lucía plantaciones de flores y de arbustos, lo cual me sirvió de compensación por muchas otras cosas. Sobre todo añoraba el huerto de grandes árboles frutales de mi casa paterna. Al principio me costaba también gran trabajo acostumbrarme a la constante agitación y el alboroto que traían consigo el negocio y la taberna.

Andreas se había esforzado en arreglar la casa de la mejor manera posible, y especialmente las habitaciones del piso superior. Las de abajo ofrecían pocas comodidades. Abajo, al lado derecho se encontraba la taberna que ocupaba toda la profundidad de la casa, con una ventana hacia el pasaje "Kupferschläger". Una gran estufa (Bötofen) calentaba esta pieza. Una mesonera (Schankmädchen) atendía a los clientes. Los clientes habituales (Stammgäste) tenían sus puestos en una mesa particular; ellos eran habitantes respetables de la ciudad que se reunían en las noches para fumar sus largas pipas y tomar sus jarras de cerveza negra. Por lo general la sala se llenaba en la noche hasta el último rincón y la mesonera pasaba trabajo por mantener el orden entre todos los clientes.

Al frente de la taberna se encontraba nuestra sala de estar que además hacía las veces de comedor y como no había otros cuartos en este piso, también se utilizaba como despacho. Detrás de la taberna y dentro de la propia cervecería, estaba la cocina. Una pieza muy reducida que de lejos no bastaba para nuestra gran familia. Una despensa o una bodega no existían. A continuación de nuestra sala de estar se encontraba un cuarto oscuro que antes había servido como dormitorio y que sólo contaba con una sola ventana hacia el vestíbulo. En todas las paredes de esta recámara había largas filas de repisas que cargaban nuestros utensilios de cocina. El espacio que quedaba debajo de la escalera se utilizaba para almacenar las papas y en el cuarto colindante con la cocina estaba la mesa para los obreros cerveceros. Cuando éstos se sentaban a la mesa, a veces 5-6 personas a la vez, se dificultaba bastante el paso hacia la cocina.

En esta época teníamos como clientes a muchos campesinos quienes al regresar del mercado entraban a nuestra taberna para tomarse su jarro de cerveza negra. Muchas veces traían un poco de azúcar y un huevo para que la mesonera les preparara un ponche de cerveza.

A menudo había que freírles además una salchicha para acompañar para lo cual proporcionaban la manteca necesaria. Para todo este trabajo adicional la chica recibía únicamente el pago para la cerveza, y encima de todo yo tenía que aguantar el hecho de ver que se me quitaran a cada rato mis ollas del fuego.

Todo esto y los ruidosos cantos hasta bien avanzada la noche, no me resultaba muy agradable y me fue difícil al principio acostumbrarme a ello.

En frente de la cocina una escalera bastante empinada llevaba a los cuartos superiores de la parte trasera de la casa. Estos habían sido destinados por mi suegro a convertirse en un local donde se serviría el Lagerbier. También habían instalado allí a una mesa de billar. Sin embargo este plan no prosperó por la inapropiada ubicación de nuestra casa. El comedorcito de los obreros servía también para el lavado de la ropa ya que no disponíamos de un cuarto de lavado, pero muchas veces cuando rodaban los barriles del Lagerbier a través de la casa, la ropa se lavaba en la cocina y en estos días los obreros comían en la sala de la taberna puesto que no había otro sitio para ellos.

Las habitaciones del primer piso habían sido redecoradas en un estilo muy bonito, y con sus muebles nuevos ofrecían un aspecto cómodo y acogedor. La estancia más grande, de tres ventanas que llamábamos " el salón" y la pieza al lado llamado " salón chico", eran nuestros recibidores y se utilizaban para celebrar reuniones familiares, así como nuestros posteriores Días de Familia. La habitación del fondo, contiguo al salón chico, era al principio nuestro dormitorio y más adelante el cuarto de los niños. La habitación del primer piso de la cervecería y situada justo encima de la cocina, se convirtió después en el dormitorio principal.

La cervecería, que colindaba con nuestra casa-vivienda, tenía una salida por la derecha hacía el pasaje "Kupferschläger" que era propiedad del carnicero B. y en el cual éste había hecho construir 12 pequeñas viviendas donde vivían familias muy humildes que no se consideraban un vecindario muy de categoría.. La vivienda delantera, de mayor tamaño, era habitada por la familia del carnicero B. quien operaba su carnicería frente a su casa en este mismo pasaje; la tienda quedó instalada en la casita del lado. Andreas había adquirido del carnicero el derecho de poder rodar sus barriles a través de este pasaje hasta la calle, como también traer la cebada y la turba por este camino ya que otro acceso a la cervecería no existía y se hubiese tenido que pasar todo por la entrada principal de la casa-vivienda "

"Atravesando la bodega de la cerveza negra se llegaba a la cava-depósito que estaba ubicado debajo de la casa vecina. Encima del sitio donde se guardaba la malta, se encontraban los graneros con la cebada y con el combustible para las calderas. Por lo general Andreas mismo con la ayuda de un peón entrenado, preparaba la malta la cual había que subir después con grandes canastas hasta el granero superior, labor que requería también de la ayuda de la mesonera y de la criada de la casa. Los días de cocción de la cerveza, las dos chicas debían además mantener vivo el fuego de las calderas y cuando el agua hervía, despertar a los peones y ayudar a revolver la cocción. Recién entonces les era permitido acostarse, lo cual raras veces sucedía antes de la una de la mañana. Antes de acostarse sin embargo, a todo el mundo se servía un buen pedazo de pan con mantequilla y una taza de café. También Andreas se hacía despertar cuando era hora de revolver la preparación, pero después volvía a recostarse para luego levantarse nuevamente cuando por segunda vez había que agitar el contenido de las calderas a esto de las 4.30 o 5 de la mañana. A esta hora se quedaba ya levantado y se ponía a escribir sus libros de contabilidad.

En el primer piso y encima de la cava de malta se encontraban las recámaras de los peones con unas ventanitas que abrían hacia un pasillo estrecho que llevaba a través de la cervecería a un patio. En este patio que por su lado derecho colindaba con el pasaje "Kupferschläger", se encontraba la instalación para el secado (Darre) y el molino a caballos, así como las caballerizas. Atravesando el molino se llegaba a un jardín muy bien cuidado. Mi suegro que era un gran amante de las flores, acostumbraba pasar mucho de su tiempo libre en este jardín dónde además había hecho construir una pequeña glorieta para la cual se utilizó un rincón del propio molino. Esta glorieta quedaba abierata hacia el jardín y contaba con una veranda de vidrio cubierta de cepas de vid. En medio del jardín había tres grandes perales que nos abastecían de suficientes peras para la mesa y para guardar en conservas. Este pequeño porche, o cuartito de jardín, tuvo que servir después como cuarto de lavado. El agua para el lavado de la ropa se calentaba en una pequeña estufa en la "Darre" dónde normalmente tostaban la malta para la fabricación de la cerveza negra. Algún tiempo después, parte del jardín pasó a ser almacén del carbón mineral.

El hecho de no disponer de un despacho incomodaba mucho a mi esposo por lo que se decidió utilizar para este fin parte de la taberna que era bastante espaciosa. Tan pronto que todos los preparativos preliminares estaban a punto, una noche, después de terminar las labores del día, se iniciaron los trabajos. Habíamos contratado algunos albañiles experimentados quienes lograron levantar el muro que separaría el despacho de la taberna hasta la madrugada del día siguiente. En poco tiempo todo quedó listo y Andreas por fin disponía de un pequeño despacho propio con una ventana hacia el pasillo donde finalmente podía ocuparse de la teneduría de sus libros con calma y sin ser molestado, y nosotros nos sentimos

igualmente afortunados de poder disponer libremente de nuestra sala de estar. Durante los primeros años de nuestro matrimonio, utilizamos el despacho en las mañanas como cuarto de desayuno y a mediodía como comedor.

En su relato la bisabuela describió después cómo el negocio paso a paso había crecido y se había expandido gracias a la hábil y cuidadosa administración de su esposo. A tal punto se fue haciendo más y más importante que se hizo indispensable efectuar varias ampliaciones y cambios en la estructura original de la casa ya que el Lagerbier llegó a tener muchísima aceptación en todo el mundo y los múltiples pedidos y la enorme demanda desde el extranjero aumentaron enormemente los niveles de producción.

"Había llegado el momento de pensar en agrandar las instalaciones de nuestro negocio a fin de poder atender todos los pedidos y la gran demanda de todo el mundo. Al mismo tiempo había crecido también nuestra familia y para poder satisfacer a todas las necesidades y exigencias de los numerosos hijos con los que el buen Señor nos había obsequiado, era imprescindible una mayor venta y una buena ganancia

Nuestra vida era muy sencilla y a parte de algunas amistades de mi esposo con los que nos veíamos de vez en cuando, no teníamos mucha vida social. Mi querido esposo quién pasaba sus días trabajando incansablemente en el negocio, no encontraba mucha satisfacción en las distracciones y con la gente de la sociedad y prefería hacer excursiones dominicales al campo con toda la familia. Casi todos los domingos cuando el tiempo lo permitía y también a veces en las tardes después del trabajo, acostumbamos a salir de la ciudad, primero a

bordo de un carruaje de un sólo caballo, después, a medida que crecían los niños, en un pequeño ómnibus donde cómodamente se sentaban hasta diez personas.

Generalmente partíamos después del almuerzo, no sin llevarnos alguna merienda para todo el mundo. Solíamos regresar bien avanzada la noche, muy animados y cargados de flores. Estas salidas eran muy gratas y sobre todo para el papá que disfrutaba mucho en conducir personalmente el carruaje, aunque siempre nos acompañaba uno de los obreros o el viejo Wilhelm, colaborador de muchos años en el negocio y que se ocupaba de los caballos."

Esto y mucho más escribió la bisabuela hace mucho mucho tiempo y Ulrike desde el momento que obtuvo acceso a estos apuntes, los ha leído una y otra vez, maravillándose que un familiar suyo hubiese tenido la valiosísima idea de retener y describir unos cortos episodios de la vida familiar de antaño y de esta manera permitir a los descendientes echar un pequeño vistazo a la cotidianidad de aquellos tiempos, y al mismo tiempo hacer posible una mejor comprensión de las circunstancias y dificultades de la época de sus antepasados. Sin embargo, estas reflexiones y este deseo de conocer algo del pasado no se manifestaron de un momento a otro, sino paulatinamente y con el correr del tiempo. Antes de esto, sin embargo, Ulrike debió vivir y hacer frente a su propio y muy personal presente.

Tranvías, buques mercantes y verdes techos de cobre

Bremen

La casa donde vivían los abuelos en la gran ciudad del norte de Alemania era muy bella y estaba ubicada en medio de un jardín en una calle principal que llevaba a las afueras de la ciudad. La casa realmente tenía dos jardines, un jardín delantero y uno en la parte de atrás. El de la parte delantera no servía para jugar en él; había allí muchos macizos de flores bien cuidados y además grandes ventanales hacía la calle y las casas de enfrente.

Ulrike pensaba que era una casa muy distinguida. Las paredes y el piso del porche de la entrada estaban enteramente recubiertos con baldosas de mármol y en la puerta principal de acceso había una aldaba en forma de garra de león que su abuela se cuidaba mucho en mantener siempre muy limpia y brillante. Hasta las paredes de adentro, las de la sala y del comedor, estaban revestidas pero allí no con mármol sino con entrepaños finamente elaborados en madera de color oscuro.

Cuando el tiempo era bueno, a la abuela le gustaba pasar gran parte de su tiempo en el "Wintergarten" que era una terraza parcialmente cerrada y con anchas escalones hacia el jardín posterior de la casa. Esta pieza tenía grandes ventanales y en los días de mucho sol había que medio cerrarlas con persianas para dar sombra y frescura a esta estancia como también al comedor colindante. Los días domingo cuando toda la familia se encontraba en casa, la abuela a menudo instalaba en la mesa redonda de la veranda el tablero de madera de un juego de mesa llamado *Poch* y Ulrike y sus hermanos jugaban con ella a los dados repartiendo naipes sobre el tablero y apostando pequeñas caraoatas blancas y negras y siempre había un premio para el ganador, algunos caramelos o una barrita de chocolate.

Desde el "Wintergarten" se bajaba al jardín por una escalinata ancha de unos 5 o 6 escalones llegando uno primero a un pequeño espacio cubierto de guijarros donde los abuelos habían instalado el columpio "sube-y-baja" que Ulrike adoraba y que sus padres habían traído para los niños desde la otra casa en el sur, junto con los muebles y todas las demás cosas de la mudanza. Hasta la tía se aventuraba a veces en este columpio sentándose ella en un lado y Ulrike y su hermano juntos en el otro. Y así subían y bajaban y giraban en redondo, y los abuelos y los padres estaban contentos de ver que los niños aparentemente se sentían ya felices y adaptados a su nuevo hogar.

En este jardín detrás de la casa también había un césped, igual como delante de la casa, pero a diferencia de aquel, éste no estaba tan bien cuidado pero en cambio aquí sí estaba permitido de jugar en él y treparse a los árboles que le bordeaban. Esta parte del jardín era algo estrecha y bastante profunda, casi como una tripa, y llegaba en su extremo final hasta la calle paralela del fondo de la que quedaba separado por una cerca poblada de arbustos de grosellas, moras y frambuesas. Ulrike y su pequeño hermano se deleitaban en llenarse la boca con estas frutillas y les encantaba treparse a los árboles para recoger manzanas y peras y de paso asustar a la abuela que consideraba este deporte demasiado arriesgado para su gusto.

Sin embargo, no todo era juego en este jardín. También había que trabajar de vez en cuando. Al abuelo no le gustaba ver que los caminitos se llenaran de malas hierbas por lo que mandaba a Ulrike sacarlas hasta que todo quedaba limpio y bonito, y como recompensa el abuelo le regalaba una moneda para que ella solita se comprara un delicioso helado en un cucurucho en la pastelería de en frente, en el otro lado de la avenida.

Junto con sus padres y sus hermanos, Ulrike vivía en la parte alta de aquella casa de ladrillos rojos, mientras que los abuelos y la tía ocupaban los cuartos del piso inferior. La cocina y las demás dependencias se encontraban aún más abajo, en el sótano. Era muy interesante descubrir que en una de las paredes de la cocina habían construido un pequeño elevador que consistía en dos cajas de madera, una encima de la otra, en las cuales la criada depositaba las bandejas con la comida, y la tía desde una pequeña puerta en una de las paredes del comedor del piso de arriba jalaba una cuerda hasta que las cajas aparecían por el hueco y entonces ella sacaba las bandejas y las depositaba en la mesa.

En el apartamento del segundo piso no había cosas tan interesantes, pero Ulrike compartía con su hermana mayor un cuarto suficientemente grande para sus dos camas y algunos muebles más y con bastante luz, mientras que el hermano menor tenía uno más pequeño para él solo. El dormitorio principal era una de las habitaciones que tenía vista al jardín posterior, mientras que la sala-comedor y la cocina se encontraban en la parte delantera y con vista a la calle. Había también un baño principal para todo el mundo y un pasillo que conectaba las habitaciones entre sí.

Ulrike logró adaptarse bastante rápido a su nueva vida en esta casa que pertenecía a los abuelos, y el nuevo colegio no representaba problema alguno para ella. Como ya no era una niña la dejaban ir sola las tres o cuatro cuadras hasta el gran edificio del colegio ya que su madre necesitaba llevar al hermano hasta el suyo. Aquí en el norte los niños y las niñas debían frecuentar colegios separados. La hermana mayor incluso ya tenía edad para ir al liceo para niñas. De esta manera cada uno de los hermanos tomó su propio camino y no pasó mucho tiempo antes que Ulrike encontrara alguna niña de su

salón que vivía en el mismo vecindario y que en adelante la acompañaba y hasta la visitaba a menudo en su casa para jugar o hacer las tareas juntas. Una de las cosas que más le gustaban a Ulrike de este colegio era el hecho que tenía que estudiar inglés y ya desde el principio quedó evidente su buena disposición y también cierto don para aprender este idioma.

Algo completamente nuevo para ella representaba la existencia de los tranvías que circulaban por el frente de su casa. Había unos que venían del centro y se dirigían hacia los suburbios y otros que volvían y pasaban nuevamente por delante de la casa en su regreso al centro. Cuando llegaba el domingo, Ulrike y su hermano abordaban uno de estos tranvías, generalmente era uno que llevaba el número 4 pintado en el techo de la cabina del conductor, y se iban a visitar en compañía de sus padres las calles y plazas del corazón de la ciudad, donde llegaron a conocer muchas cosas bonitas e interesantes. Por ejemplo el río que bordeaba la ciudad y que luego se unía con la gran extensión de aguas que constituía el Mar del Norte, no era un riachuelo como él que Ulrike había conocido en su ciudad natal y por el cual había paseado en un pequeño bote a remos. Este era un río grande y poderoso con puentes y esclusas y con grandes buques que navegaban por sus aguas y barcas de excursión que ofrecían paseos para admirar desde la distancia la silueta de la ciudad dibujada en el cielo con sus campanarios y techos verdes de cobre que brillaban en el sol.

La plaza mayor rodeada de bellas casas antiguas y el ayuntamiento histórico con sus torrecillas en la fachada y sus arcadas para peatones han representado desde siempre algunas de las mayores atracciones turísticas de la ciudad, pero igualmente interesante o más, por lo menos para los niños, lo eran las grandes y pesadas carretas de cerveza con su cargamento de enormes barriles y tirado por los típicos caballos cerveceros de gran fuerza, larga crin y penachos de pelo blanco cubriéndoles los cascos.

Ulrike llegó a amar a esta ciudad aunque no lo sabía todavía en aquella época de su juventud, pero mucho más tarde cuando las circunstancias de la vida la habían llevado muy lejos de allí, regresar a esta ciudad siempre representaba para ella un placer y un privilegio muy especiales.

Pero aquellos pocos años en el Norte, en la casa de los abuelos, años que parecían al comienzo prometer el éxito y la estabilidad profesional anhelados por el padre de Ulrike, poco a poco se transformaron en todo lo contrario: el padre no parecía sentirse feliz y a gusto allá en el norte de Alemania, siendo él un típico habitante del sur. La asistencia diaria en el despacho del abuelo en el centro de la ciudad donde aquel, con la postura firme y erguida del antiguo militar que era, mandaba desde detrás de su escritorio demostrando pocos deseos por entender o adoptar las nuevas corrientes de los tiempos modernos, cada día le resultaba más difícil. Su alegre y apasionante optimismo inicial se transformaba con el correr de los meses en abatimiento y hasta en antipatía. No pasó mucho tiempo y la familia una vez más se encontró en marcha, el experimento "norteño" había terminado en fracaso.

A fin de no perderse el inicio de clases en su nuevo colegio, Ulrike emprendió el viaje de regreso al sur junto con su padre mucho antes que el resto de la familia. A la hermana mayor todavía le faltaban algunos meses para finalizar el año que cursaba en el liceo de niñas y el hermanito menor era considerado aún un poco pequeño para quedarse sin los cuidados de la madre de Ulrike. Así que Ulrike y su padre se hospedaron nuevamente donde los abuelos en la pequeña ciudad del sur de Alemania tal como ya lo habían hecho anteriormente cuando durante la guerra se habían refugiado temporalmente en aquella casa. Pero en esta ocasión su estancia donde los abuelos iba a ser mucho más larga que la primera vez ya

que el padre de Ulrike había decidido construir su propia casa precisamente en esa pequeña ciudad de donde dos años antes la familia había partido con mucha ilusión hacia un nuevo futuro y una nueva vida.

Algunas cosas habían cambiado, la ciudad se había expandido y las nuevas industrias habían proporcionado a la gente mejores trabajos y mayores ingresos. Muchas de las casas y edificios que habían quedado en ruinas y convertido en escombros durante los años de la guerra, habían sido removidos o reconstruidos y en todas partes se notaba un bienestar creciente y renovado, igual como las esplendorosas flores blancas y rosadas en forma de vela de los grandes castaños que bordeaban el camino al colegio de Ulrike, parecían apuntar hacia estaciones venideras de crecimiento y de madurez.

Sueños de adolescente y el mundo real

Biberach, 1950-1959

Ulrike seguía siendo una niña más bien tímida y no le era muy fácil entablar contactos con otros niños. Ella prefería quedarse en la casa a leer o a pintar, actividades que le gustaban mucho y que la entretenían por horas enteras. No menos interesante encontraba sin embargo las clases de trabajos manuales en el colegio como las de costura o las de moldear con arcilla o tallar la madera. Además, Ulrike amaba el deporte lo cual gustaba especialmente a su abuelo y a su padre que en su juventud habían sido grandes y exitosos deportistas.

Hacía mucho que la familia se había mudado a la casa nueva de la colina, feliz y contenta de estar reunida nuevamente. Conforme que pasaban los meses y los años, y que un *Schützenfest* seguía a otro, año tras año, Ulrike y su amiga, la única que tuvo durante toda su época de colegio, se habían cambiado de la primaria a la secundaria y de allí al liceo, ya que ambas habían decidido de intentar el bachillerato que les permitiría a continuación estudios en alguna universidad del país. Aunque Ulrike no tenía idea alguna acerca del tipo de estudios que eventualmente emprendería, se había acostumbrado a esta idea ya sea para complacer a su padre que también era académico, o porque pensaba que ésa era la única manera de llegar a ejercer una profesión que le aseguraría algún día la independencia económica.

Sin embargo el paso por el colegio no había sido muy fácil para Ulrike. No porque le molestara o le desagradara aprender, al contrario, no le importaba en absoluto estudiar a veces hasta muy tarde en las noches cuando se trataba de prepararse para un examen en alguna de las materias. Pero por alguna razón no había logrado encontrar la manera más eficaz o tal vez el método correcto para estudiar. Ulrike trabajaba duro y concienzudamente, era insistente y testaruda y no se dejaba vencer fácilmente por un problema, pero sin embargo sus logros no eran los que ella misma esperaba y sus calificaciones nunca pasaban de un tanto superior al promedio. Lograba destacar solamente en los deportes y en las clases de dibujo, y era justamente esta afición a las actividades al aire libre la que hacía que pasara mucho tiempo fuera de su casa, los veranos en la piscina pública de su ciudad o en la pista de equitación y en el invierno en el circuito de patinaje sobre hielo o esquiando en el campo. Las dos amigas siempre hacían todo juntas y hasta dormían juntas, a veces en la casa de la una o en la de la otra, escuchando música y haciendo experimentos en la cocina.

Pasaron los años y Ulrike seguía siendo retraída y algo indecisa o falta de habilidad cuando se trataba de establecer contactos con otras personas. Prefería concentrar sus preferencias y sentimientos en una sola persona, tener una sola amiga del alma, como la tenía, y no buscar acercamiento a los grupos habituales de su colegio. Es posible que en el fondo, muy adentro de su ser, le hubiese gustado que la invitaran más a menudo a salir con ellos, a divertirse, a frecuentar los sitios de baile o en invierno reunirse con todos en las iluminadas pistas de patinaje para patinar al son de los valeses vieneses como lo hacía tan a menudo y con gran éxito su hermana mayor que siempre encontraba mucha aceptación entre los jóvenes de sus edad.

Probablemente le hubiese agradado acompañar a algunos de sus compañeros y sus amigos en sus salidas y paseos por los bosques y colinas que rodeaban la ciudad. Seguramente se hubiese sentido más feliz y apreciada y hasta su autoestima hubiese crecido y con ella su seguridad y facilidad en el trato con los demás. Pero todo esto no se daba o muy raras veces, y Ulrike comenzaba a dudar más y más de su propio valor y también de su aspecto físico. Y si a pesar de todas sus dudas y tormentos irracionales la invitaban a compartir y quedaban demostradas sus cualidades y habilidades, ella poco menos creía que un milagro se había producido y se sentía dichosa y recompensada.

Uno de estos "milagros" se había presentado hacía el final de su estancia en el colegio de jovencitas y había ayudado enormemente a hacerla sentirse excepcional y aceptada por las demás.

Ocurrió durante una excursión con todos los compañeros de su clase. El colegio donde Ulrike cursaba sus estudios tenía la costumbre, y ya era una tradición, de organizar una salida para todos los alumnos del último año durante una semana en una residencia en el campo donde harían deportes, actividades culturales y sociales y también ayudarían en la cocina así como en el cuidado y mantenimiento general de la residencia. Esta salida, se suponía, serviría como estímulo y para acumular fuerzas para los exámenes finales y también como premio por todos los años de estudio y de buen comportamiento. Generalmente esta estadía en el campo se hacía al principio del año, o sea en pleno invierno, ya que los exámenes se hacían en la primavera.

De tal suerte que un día del mes de Febrero del año 1956 todas las jóvenes que habían obtenido el permiso de sus padres, empacaron sus utensilios de esquiar y demás cosas personales y, en compañía de dos maestras de confianza, se encaminaron a bordo de un ómnibus alquilado rumbo a la residencia que había sido reservada para este fin con varios meses de anticipación. Todas las chicas cantaban durante el viaje y expresaban las más diversas especulaciones acerca de lo que iban a encontrar o esperaban encontrar en el lugar de destino.

Por lo tanto la llegada al destino representó una sorpresa algo desconcertante para Ulrike. Apenas el bus se detenía frente al gran edificio plano y alargado que tenía como fondo altos pinos y suaves montes cubiertos de nieve, fueron recibidos con gran júbilo y exclamaciones que les dispensaba muy entusiasmado otro grupo de visitantes procedente de otra ciudad y.... compuesto por varones! Ya tenían listo los planes para la noche, habría música, bailes y otras sorpresas ya que les quedaban a ellos solamente dos días más en la residencia y tenían la intención de pasarlos muy bien con las muchachas recién llegadas. Ulrike se sintió aterrada por un lado, por el otro sin embargo, también ilusionada y con algunas esperanzas muy íntimas y escondidas. ¿Tal vez lograba ella esta vez sí mezclarse con todo este grupo alegre y bullicioso? ¿Hasta de repente iba a lograr llamar la atención sobre su persona especialmente? ¿Qué habría que hacer, por ejemplo, para hacerse notar por ese joven tan apuesto que bajaba por la pista de esquiar con una maestría y elegancia absolutamente inigualables? Ulrike se dio cuenta perfectamente que la mayoría de sus compañeras y sobre todo las que en todas las ocasiones siempre estaban a la delantera, habían centrado su atención en exactamente ese muchacho que también a Ulrike había llamado la atención.

Realmente tenía un aspecto fantástico. Era alto, fuerte y muy apuesto, con una cara tremendamente simpática, parecía desenvuelto pero reservado y muy seguro de si mismo ya que era absolutamente genial con los esquíes, sin duda alguna el mejor de todo su grupo. Seguramente sería una vez más Susana que lo conquistaría para bailar con él toda la noche, o quizás Mariana con sus maneras tan espontáneas y poco complicadas, o tal vez Eva que a pesar de su baja estatura se veía bastante atractiva con su peinado corto de cabello negrísimo. En el fondo Ulrike no se encontraba a si misma fea o falta de atractivos; era alta, bastante delgada en aquellos tiempos, su cabello rubio tenía un corte bonito y práctico, medio largo y con un flequillo encima del ojo derecho. Le gustaba vestirse con ropa deportiva de tono pastel que hacía juego con su tipo rubio y ojos azules. Pero se sentía insegura, aburrída y el baile nunca había sido su fuerte aunque, para ser sincera, le gustaba bastante.

La velada empezó como era costumbre en tales ocasiones: se oía un cuchicheo agitado y a la vez nervioso por parte de las chicas, había miradas calculadoras, evaluando y apreciando fríamente por el lado de los muchachos, se cambiaron algunos rápidos saludos y comentarios entre nuevos conocidos de las pistas de esquí; tampoco faltaron los solitarios por convicción o costumbre, de mirada aparentemente desinteresada y aburrída, los intelectuales, primeros de sus clases generalmente, con aire de incomodidad por su aparente torpeza o falta de habilidad en cuestiones sociales, y en toda la sala se notaba una tensión generalizada y apenas contenida. Y finalmente, qué alivio, músicaailable del tocadiscos: los grupos se dividen y se reparten por la sala, los varones en un lado, las chicas en el lado opuesto.

Qué incomodidad la de Ulrike! Está profundamente infeliz. Odia todo este sistema de tener que esperar pacientemente hasta que a alguien se le ocurre invitarla, o no, a bailar. Ella sabe que por alguna razón siempre queda entre las últimas a ser buscadas para el baile. ¿Qué es lo que la hace aparentar tan distante, con poca cara de amiga que hace que cualquier intento de acercamiento se extinga apenas se haya producido? Ni siquiera se atreve a levantar la vista hacia el otro lado de sala dónde están alineados los muchachos, la mayoría ya listos para correr.

Muchos ya han elegido pareja en secreto, otros todavía están indecisos. Al sonar la primera nota del vals inglés con que se abre el baile empiezan a correr a buscar a la pareja preseleccionada. Ulrike mira fijamente al aire con una sonrisa inexpresiva en los labios tratando desesperadamente disimular sus dudas y sus angustias. En este preciso momento su mirada sin querer se fija en una silueta que se separa del grupo de los muchachos y se dirige hacia ella a pasos largos y decididos: pantalones de esquí color azul oscuro, suéter blanco con cuello de tortuga, en la cara una gran sonrisa seductora y ya se inclina delante de ella, él, el genio de las pistas de esquí, el objeto de la admiración colectiva de la mañana; la invita a bailar este baile, la invita a bailar todos los bailes de esta noche. Ulrike se siente en las nubes, no ve nada más, no escucha nada más. Alrededor de ellos hay murmullos, cuchicheos, sonrisas y risitas. Las compañeras parecen estar de acuerdo, parecen concederle este triunfo. Tampoco le importaría a Ulrike lo contrario, todo carece de importancia en estos momentos. Solamente existe ésa noche, ésa música, ése joven de la otra ciudad. Para ella ha ocurrido un milagro de verdad, un milagro público y todo el mundo lo vio ocurrir. Todos están sorprendidos porque conocen la naturaleza reservada de Ulrike de manera que más tarde en la revista del colegio se comenta aquello como un acontecimiento muy especial que había ocurrido este año en la residencia del campo.

Todo aquello había sucedido durante sus últimos meses en el liceo de niñas. Después, cuando Ulrike cambió al instituto preuniversitario de su ciudad donde tenía como compañeros de clase tanto hombres como mujeres, ella naturalmente empezó a sentirse más cómoda y más libre en su trato con los varones y a medida que estaba perdiendo esa exagerada timidez e inseguridad, comenzaba a ganar confianza y seguridad en sí misma, aunque su tendencia de soñar y de mantenerse al margen no se perdieron nunca.

Al contrario, sus fantasías de adolescente y su costumbre de soñar despierta, la habían llevado desde siempre a idolatrar y admirar a cantantes y actores, y los protagonistas de las novelas que leía se tornaban hasta demasiado reales. La música la encantaba y llegó a ser parte muy importante de su vida de adolescente y de adulta.

Si bien le resultaba imposible demostrar sus verdaderos sentimientos a sus amigos e incluso a su familia, razón por la cual a menudo la consideraban huraña y hasta poco amistosa, Ulrike no tenía problema alguno de transferir toda su capacidad de amar y toda su ternura a cuanto animal se cruzaba en su camino. El más importante de todos era un perro, un animalito negro, de largas patas y cuya madre era una cocker spaniel. Más no se supo en cuanto a sus antepasados. Hasta este momento el gran amor de Ulrike habían sido una perra de raza Boxer y sus cachorritos. Los veía durante el recreo en el patio del colegio a donde la conserje los sacaba al aire libre cuando hacía buen clima y donde los cachorros tenían más espacio para correr y jugar, mientras que la madre se recostaba en el sol prestando poca o ninguna atención a sus perritos o a Ulrike y su amiga que la visitaban casi a diario. Las dos niñas pasaban casi todos sus recreos dentro de la perrera, estaban esperanzadas e ilusionadas que tal vez a la buena de la conserje se le ocurriría regalarles

uno o dos de los cachorritos. Naturalmente en aquel entonces ni Ulrike ni su amiga podían saber, que la buena mujer tenía los cachorros por negocio ya que los iba a vender tan pronto que podían ser separados de la madre.

En su casa Ulrike había mencionado en varias ocasiones su deseo de comprar un perrito, sabiendo ella poco o nada de la lucha diaria de las personas mayores en aquellos tiempos, como en los actuales para poder llevar una existencia digna y respetada, pero intuía que no había que exigir a su padre que comprara un perro de raza, en vista de que tenía suficientes problemas para mantener funcionando el negocio recién empezado y para alcanzar el nivel de vida que deseaba para su familia. La construcción de la casa había costado muchísimo dinero y todavía quedaban por terminar gran cantidad de detalles y aunque en su casa no se discutía mucho acerca de estas cosas, Ulrike sí se daba cuenta de que algo no caminaba como se había esperado y como el padre trataba de hacerlo aparentar.

Por lo tanto el pequeño perro negro que le habían regalado a Ulrike, tuvo que llenar el vacío del sueño imposible del cachorrito Boxer, y él lo hacía de la manera más cariñosa, más leal y más comprensiva. Primero acompañaba a Ulrike a dónde ella iba y era amigo y confidente en los momentos de tristeza y anhelos inalcanzables, después, cuando Ulrike ya había abandonado para siempre a su casa y a sus padres, los acompañaba a éstos en sus paseos domingueros y sus veladas solitarias. Algo más tarde aún, cuando el padre de Ulrike fallece inesperadamente, este amigo fiel de la familia, ya entrado en años y más gris que negro alrededor del hocico, es el único de la familia quién finalmente acompaña a la madre de Ulrike a un nuevo y más reducido hogar, consolándola y alegrando sus días con los recuerdos que su presencia evoca en ella y por su amor incondicional.

Más o menos por la misma época cuando el pequeño perro negro se había instalado en la casa de Ulrike, también apareció un día una jaula con un canario amarillo que le había sido regalado para su cumpleaños por parte de su abuelo. Ulrike estaba de lo más contenta con el pequeño cantante amarillo, y cuando poco después se les unió además un gatito blanco y negro el cual se sintió enseguida como en su casa aunque prefería mantenerse a distancia de los demás integrantes de la familia, Ulrike parecía haber encontrado todo lo que necesitaba para encauzar el gran potencial de ternura y cariño que tenía apresado y reprimido en las profundidades de su ser. Más aún cuando poco a poco aparecían todavía tres cuyes, un periquito, un cuervo con un ala lastimada y un segundo gatito huérfano de la vecindad

Naturalmente la permanencia en casa de estos compañeros no podía ser de mucha duración: el cuervo no logró sobrevivir al invierno, los cuyes se reprodujeron en exceso por lo que había que salir de ellos, al periquito se lo comió uno de los gatos quién terminó siendo regalado a unos amigos, por lo que finalmente sólo el perro negro y el canario continuaron acompañando a los padres recordándoles mientras vivían los años de juventud de Ulrike y de qué manera había empezado su amor para los animales.

Ulrike hizo su *Abitur* en el año 1959 y con el título finalmente logrado esperaba por una revelación acerca de cómo podría hacer el mejor uso posible de esto que le había costado tanto esfuerzo conseguir. Quería hacer algo que sería del agrado de sus padres y que finalmente le daría satisfacción e independencia económica a ella misma. A menudo había conversado de aquello con su madre y a veces también con su padre quién naturalmente aspiraba a verla ingresar en alguna universidad. Ni la hermana mayor de Ulrike había seguido una carrera académica, ni parecía habérselo propuesto su hermano menor, por lo que su padre seguramente se sentiría muy contento de ver a Ulrike algún día con un título universitario.

A pesar de la tremenda inseguridad y de los grandes problemas económicos a los que estaban constantemente expuestos sus padres durante los años de recuperación que siguieron a la segunda guerra mundial, a pesar de la repetida falta de confianza en el futuro en general y en el futuro del negocio familiar en particular y pese a las incertidumbres causadas por los grandes y a veces preocupantes y revolucionarios cambios que traían consigo los tiempos nuevos, la juventud de Ulrike puede considerarse una época feliz y tranquila para ella; fueron años pasados bajo el cuidado y la constante protección de sus padres, años de aprendizaje y de formación personal. De buen grado y posiblemente algo aliviados por el hecho de no tener que afrontar los fuertes gastos que con toda seguridad conllevaría una carrera universitaria, los padres de Ulrike terminaron por acceder a que ella se independizara aprendiendo alguna profesión de su gusto que le permitiera cuidar de sí misma y ganar su propio dinero. En los años venideros Ulrike llegó a sentirse en ocasiones arrepentida de esta decisión suya tal vez un poco apresurada.

Para comenzar Ulrike pensaba aprender todo aquello que había que saber para poder emplearse en una oficina, por lo menos los conocimientos básicos de las actividades comerciales en general. A continuación pensaba ir al extranjero para aprender idiomas, serían el Inglés y el Francés que en sus tiempos de colegio le habían gustado y que le había valido resultados bastante satisfactorios.

De alguna manera y sin tenerlo realmente muy claro, a Ulrike no le disgustaba la idea de poder por fin dejar un poquito atrás a su pequeña ciudad y a sus amistades, por lo menos durante algún tiempo.

Nunca había tenido muchos amigos y aunque en los últimos años de sus época escolar la habían invitado esporádicamente para participar en eventos sociales, estas diversiones no le habían proporcionado satisfacciones verdaderas, y a causa de su inseguridad en el trato con otras personas y frente a nuevas experiencias, había adquirido rápidamente la fama de ser una persona distante y poco accesible

Sus padres coincidieron con ella en que una estancia no demasiado prolongada en el extranjero, el hecho de tener que depender de sí misma y la obligación de adaptarse y adecuarse a personas desconocidas y a costumbres nuevas, seguramente tendría una influencia positiva y deseable sobre el carácter un tanto complicado de Ulrike. Así que se tomó la decisión que ella al finalizar su curso básico comercial, viajaría a Inglaterra donde se inscribiría en un instituto de enseñanza de idiomas y viviría con una familia inglesa para practicar la conversación y las expresiones propias del lugar.

En aquellos tiempos, habían pasado escasos quince años desde el final de la guerra, se hacían intentos genuinos de reaproximación entre los países anteriormente enemistados, principalmente mediante el intercambio de jóvenes de diferentes nacionalidades. Muchos de ellos, chicas en su mayoría, viajaban a los países vecinos a fin de aprender el idioma, ayudaban a las familias anfitrionas con el cuidado de sus hijos pequeños y con las tareas del hogar y en su tiempo libre o en las noches asistían a los cursos de enseñanza del idioma del respectivo país. Ulrike había oído de aquello y puesto que le gustaban los niños, la idea de pasar un año en estas circunstancias no le era desagradable. Mientras ella absolvía su curso de nociones básicas comerciales, sus padres se esforzaban por encontrar una familia inglesa adecuada y de confianza, con niños pequeños y que no vivieran precisamente en una de las grandes ciudades industriales.

La hermana mayor de Ulrike había hecho exactamente lo mismo dos años antes y había tenido gran suerte con la elección de su familia "adoptiva". La habían recibido muy amablemente y el tiempo pasado en Inglaterra había resultado una experiencia maravillosa. Naturalmente, la hermana era una persona mucho más receptiva y sociable por lo que no era de extrañar que las personas la apreciaran y la trataran con naturalidad y con gentileza. Pero a pesar de todo, Ulrike estaba firmemente decidida a intentar ella también dar este salto a la libertad y a la independencia. Que esta primera iniciativa para lograr su meta iba a ser infinitamente más difícil para ella de lo que había sido para su hermana, esto no lo podía sospechar y de haberlo sabido y desistido de su plan, tal vez toda la vida futura de Ulrike hubiese transcurrido de manera totalmente distinta.

Pequeña gran ciudad en Inglaterra

Cambridge, 1959-1960

Ulrike desembarcó en Inglaterra un lluvioso, sombrío y frío día de diciembre. El viaje se hacía primero a bordo del transbordador para cruzar el canal entre Francia e Inglaterra y a continuación por tren hasta la ciudad de Londres. Allí la habían recogido en la estación de trenes. Era una "lady" típicamente inglesa la que se había presentado a Ulrike como una Mrs. L. y juntas habían abordado enseguida un tren que las llevaría a su lugar de destino en el condado de Surrey.

Mrs. L. parecía agradable y simpática; era bastante joven y se vestía informalmente y de manera deportiva. Llamaba la atención su peinado con el cabello completamente peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente amplia y de forma cuadrada. También destacaban su mentón enérgico y su ancha boca de labios delgados y sin pintar. A pesar de calzar zapatos planos ideales para largas caminatas, Mrs. L. era más alta que Ulrike y su amplia capa de paño verde así como las medias gruesas de lana sugerían que se trataba de una familia más bien del campo que de la ciudad. Y, como era bien sabido, las mansiones campestres en Inglaterra se encontraban frecuentemente en lugares apartados y solitarios.

Durante el viaje a través del paisaje húmedo y brumoso, Mrs. L. hablaba de sus tres pequeñas hijas que la esperaban en la casa bajo el cuidado de una *nurse*, y las que de ahora en adelante serían enteramente de la responsabilidad de Ulrike

La *nurse*, de nacionalidad irlandesa, estaría en casa de manera temporal, ya que ella, Mrs. L., como seguramente Ulrike ya habría adivinado, estaba a la espera de su cuarto hijo. Efectivamente, la amplia capa de Mrs. L. no había podido disimular este hecho y Ulrike sospechaba que el evento iba a tener lugar dentro de bien poco tiempo. Le extrañaba que Mrs. L. en su condición no había temido el esfuerzo de emprender este viaje tan largo e incomodo para recoger a Ulrike en Londres, hecho que llegaría a comprender mejor un poco más adelante cuando ya había tenido ocasión de darse cuenta de la gran fortaleza y resistencia física de las damas propietarias de mansiones campestres en Inglaterra.

No resultaba nada fácil para Ulrike de seguir las palabras de Mrs. L. y de entenderlas, puesto que el inglés que había aprendido en el colegio no era de lejos a la altura de una conversación, un hecho que no ayudaba precisamente a disipar o quitar las dudas y el desaliento crecientes de Ulrike.

La mansión de los L. era espaciosa y fría. Quedaba en medio de un gran jardín de altos árboles y muy cerca de una carretera rural que unía al pueblo cercano con dos ciudades vecinas de mayor tamaño. Las habitaciones eran todas bastante grandes con techos y ventanas altos y cada una contaba con una chimenea a gas que se encendían, siacaso, solamente en las noches ya que nadie disponía de mucho tiempo para estar inactivo y sentir el frío. Era preferible mantenerse ocupada y así no sentir tanto el fresco de los días invernales y tal vez era sobre todo a Ulrike que no le faltaban razones para estar constantemente en movimiento ya que le habían encomendado una impresionante serie de obligaciones.

No solamente tenía que ocuparse de los niños, ordenar y limpiar sus cuartos, lavar y planchar sus ropas, también se esperaba que cocinara, diera de comer a los pequeños y también alimentara a los dos perritos y a las gallinas que se paseaban por todo el jardín escondiendo sus huevos en los sitios más apartados para gran exasperación de Ulrike que los tenía que recoger todas las mañanas antes del desayuno.

Entretanto Mrs. L. había dado luz a su cuarta hija; el alumbramiento había tenido lugar en la casa como era la costumbre en el campo, y ni Ulrike ni las niñas habían notado la más mínima señal de que algo fuera de lo común había sucedido en su inmediato entorno. Después de escasos cuatro días de medio reposo, Mrs. L. se había incorporado nuevamente a sus actividades y labores sociales acostumbradas y antes de terminar el mes, también la simpática *nurse* irlandesa se había marchado de regreso a su país.

Las niñas rápidamente se habían acostumbrado a Ulrike. No era la primera vez que una chica extranjera "au-pair" se ocupaba de ellas y de buen grado acompañaban a Ulrike a pasear por el pueblo para hacer compras y en ocasiones a visitar a alguna familia amiga de la vecindad. Las más de las veces sin embargo, estas visitas se hacían en carro ya que la mayoría de estas familias habitaban villas bastante dispersas en la campiña.

Ocupada como estaba Ulrike desde la mañana hasta casi en la noche, poco o ningún tiempo le quedaba para hacer estudios del idioma más allá del uso diario con la familia o con algunos vecinos. El *college* de la ciudad vecina quedaba un poco lejos y no era muy fácil llegar hasta allí. Había que tomar un autobús y viajar una hora de ida y otra de regreso, preferiblemente en las tardes para no gastar demasiadas horas de la noche que se necesitaban para los labores de la casa y con las niñas.

Tampoco estaba bien visto por Mrs. L. si Ulrike se quedaba un poco más después de clases para conocer la ciudad y hacer algunas compras personales. Se atrasaría el trabajo, argumentaba, y ella no disponía del tiempo para ocuparse personalmente de las niñas.

En un principio a Ulrike le parecía la cosa más natural de tratar de cumplir de la manera más rápida y mejor posible con todos los trabajos que le encomendaban. Como pasaba el tiempo sin embargo, cada vez más eran las dudas que se le formaban respecto a su situación. ¿No estarían abiertamente abusando de ella utilizándola como una criada cualquiera? ¿Acaso Mrs. L. no se había comprometido facilitarle a ella, Ulrike, el tiempo suficiente para sus estudios? ¿Era permisible sobrecargarla con los más diversas labores y obligaciones a cambio de una propina tan insignificante que ni siquiera alcanzaba para comprar un par de medias o los cuadernos y lápices que necesitaba para sus estudios? Desde el momento que estas reflexiones estaban tomando más y más forma en la mente de Ulrike, el cumplimiento diario de todas sus obligaciones que muchas veces le tomaba hasta bien avanzada la noche, se le hacía cada vez más difícil y menos natural.

Pero no solamente eran estas dudas que abrumaban a Ulrike, también su relación con Mrs. L. había sufrido un cambio y se había deteriorado. No la trataban mal o sin gentileza, la invitaban a comer con ellos en la misma mesa y la llevaban algunas veces en sus paseos cuando visitaban a familiares o amigos y nunca Ulrike llegó a sentir que desconfiaban de ella o que la soportaban como a un mal necesario pero indeseable. Ella hasta sentía cierta simpatía para Mr. L. quién pasaba poco tiempo en casa con su familia.

Casi siempre partía para la City a muy tempranas horas equipado muy a la inglesa con sus paraguas y su sombrero *bowler* y no regresaba hasta muy tarde en la noche cuando los niños ya estaban acostados y Ulrike demasiado cansada como para participar en conversaciones en un idioma que todavía estaba muy lejos de dominar. No, más bien había algo no bien definido en la manera de ser de Mrs. L. que en ocasiones lograba desequilibrar instantáneamente y fuertemente el ánimo entonces no muy estable de Ulrike.

También le afectaba considerablemente la manera cómo controlaban constantemente su trabajo, cómo una tras otra surgían nuevas cosas "urgentes", evidentemente para no permitir ociosidad en ningún momento, y cómo esperaban de ella ocuparse al mismo tiempo de tres o cuatro cosas distintas, como por ejemplo mientras se esperaba que hirvía el agua para el biberón, pelar las papas, controlar la lavadora, estar pendiente del *teatime cake* en el horno, entretener a la bebé en su sillita alta, vigilar a través de la ventana a los perritos en el jardín para que no hicieran huecos en las platabandas o persiguieran a las gallinas, y encima de todo escuchar atentamente las instrucciones de Mrs. L. sobre cómo se iban a desarrollar las actividades de la tarde de ese día.

Como pasaban los días, Ulrike se volvía más y más nerviosa y le resultaba cada vez más difícil de concentrarse en lo que estaba haciendo y cómo lo estaba haciendo, por lo que no era de extrañar que a veces, por temor a cometer nuevamente alguna falta, se equivocara, por ejemplo en el orden de los ingredientes para algún platillo o simplemente no se acordaba qué era lo que tenía que hacer o cómo le habían explicado hacía poco la correcta ejecución de alguna tarea.

Durante el día era enteramente responsable de las tres niñas mayores de las cuales la menor sólo contaba un año y al primer llanto había que acudir en el acto para averiguar la razón de los gritos.. Por lo general no había sucedido nada en particular; la bebita se estaba aburriendo en su sillita o las mayores se estaban peleando y cada una de las niñas reclamaba para sí la atención de Ulrike o de los demás presentes. En momentos así o cuando la criticaban o reprendían por alguna falta que en algunos casos ni siquiera había cometido, Ulrike se refugiaba en su cuarto y la nostalgia por su casa y sus padres la hacían llorar desconsoladamente.

La tensión entre Mrs. L. y ella se hacía más y más notable, y el día que le acortaron nuevamente el poco tiempo libre del que disponía para sus clases en el colegio y la acostumbrada reunión con sus compañeros, Ulrike tomó la decisión, y era ésta quizás la primera decisión realmente importante de su vida, de buscar alguna otra familia anfitriona y esta vez en la ciudad misma donde quedaba su colegio y de ser posible, en las cercanías de las instalaciones de éste. Ansiaba disponer por fin del tiempo necesario para sus estudios, quería participar aunque fuese un poquito en aquella vida estudiantil, necesitaba sentirse más libre y deseaba convivir con una familia que supiera apreciar sus labores y donde tal vez hasta existirían simpatía y cordialidad mutuas.

Naturalmente no resultaba tan fácil llevar a cabo esta decisión. Mr. y Mrs. L. al principio no estaban dispuestos a ceder a los deseos y planteamientos de Ulrike y dejarla ir a las pocas semanas de haber llegado a su casa. A su modo se habían esforzado para ofrecer a Ulrike una vida en familia y por lo tanto no entendían porqué Ulrike no se sentía feliz y contenta. Pero finalmente tuvieron que admitir que era poco menos que imposible combinar el estudio en otra ciudad con un trabajo de todo el día y con cuatro niñas pequeñas a su cargo. Aún sin mostrarse especialmente solícitos, terminaron por

estar de acuerdo y un día de primavera, Ulrike con un profundo suspiro de alivio abordó el autobús que la llevaría a aquella ciudad universitaria que llevaba el mismo nombre que el río que la atravesaba y que marcaría el punto de salida para la segunda etapa de su estancia en Inglaterra.

II.

Había sido por casualidad que Ulrike, hace unas dos o tres semanas atrás, llegara a esta pequeña casa cubierta de hiedra verde en las afueras de la ciudad. La mayoría de sus compañeros de clase, extranjeros como ella misma, acostumbraban a reunirse después de clases en las instalaciones de un Club que había sido ideado especialmente para el propósito de brindar apoyo y entretenimiento a estos estudiantes y especialmente a las jóvenes que trabajaban au-pair. Ofrecían así la posibilidad de hacer amistades con gente de todo el mundo, intercambiar recuerdos, experiencias y aspiraciones y aprender sobre otros países y sus costumbres. Se organizaban eventos sociales y excursiones a los alrededores y también charlas y discusiones sobre literatura y arte o conferencias sobre diferentes tópicos interesantes para los que ya dominaban medianamente el idioma. Todo esto dependía de una organización que ayudaba y aconsejaba a los jóvenes extranjeros cuando se presentaban problemas con las autoridades o con sus familias anfitrionas y que no lograban resolver por sí mismos por falta del idioma o a causa del desconocimiento de las leyes o de las costumbres.

Un día al finalizar sus clases, Ulrike había decidido acompañar a una de sus compañeros a visitar y conocer a este Club. Lo había hecho por curiosidad pero también por un sentimiento de soledad y de nostalgia y tanto le había gustado el sitio, que después había seguido yendo y hasta había participado en algunos pocos de los eventos sociales y bailables cada vez que su trabajo se lo había permitido. En una de estas ocasiones se había enterado casualmente de una pareja de profesionales, sin niños, que estaban buscando a una estudiante para tenerla en casa como ayuda mientras ellos atendían a sus actividades fuera de su hogar. Tan atractivo le había sonado aquello, que Ulrike se había presentado ya al día siguiente delante de esta pareja y a su gran alivio y alegría, esta primera entrevista había resultado de lo más agradable y simpático. Ulrike se había sentido extasiada cuando Mr. and Mrs. B. le prometieron el puesto y le mostraban enseguida el pequeño cuarto en el ático que en adelante sería el suyo. Ulrike sin pensarlo dos veces, les había prometido que empezaría con su nuevo empleo ya desde el comienzo del mes siguiente.

Y así había sucedido y ahora Ulrike se encontraba en camino a su nueva vida. Ya no se sentía desanimada, incapaz o infeliz, al contrario, se sentía orgullosa y satisfecha por haber logrado por primera vez decidir el curso de su propia vida, tomando ella misma una decisión que seguramente cambiaría su situación de una manera positiva y constructiva y le permitiría hacer un paso hacía adelante, hacía un futuro prometedor y hacía la realización de sus metas.

Y la diferencia entre su actual y su anterior empleo era realmente como entre el día y la noche. Ya desde el primer día existía una relación alegre y amistosa entre ella y Mrs. B. y a partir del momento que Ulrike por primera vez cruzó el umbral de la puerta de entrada, ella se sentía completamente a gusto y contenta en aquella casita. Como Mrs. y Mr. B. tenían que cumplir con sus compromisos profesionales, Ulrike se quedaba sola en la casa durante las mañanas y para que no se sintiera triste o solitaria, le habían comprado un perrito *salchicha* que recibió el nombre de "Otto" en consideración del origen alemán de Ulrike y para que le recordara a su casa y a su familia.

Su cuarto era una preciosa buhardilla, pequeña pero lo suficientemente espaciosa para albergar a una cama comodísima, un secreter para escribir cartas y hacer las tareas y un silloncito delante de la chimenea de gas para leer sus libros o escuchar música. Pero para nada se esperaba que Ulrike pasara sus tardes y veladas en su cuarto; al contrario, sus anfitriones acostumbraban a invitarla para que se reuniera con ellos a la hora del té o en las noches abajo en el salón, con el fin de hacerla practicar la conversación o simplemente para acompañar a sus patronos para ver la televisión. Durante las horas de la mañana Ulrike tenía que preparar el almuerzo, ordenar la casa y hacer las compras necesarias para las comidas del día. Las tardes las podía pasar como mejor le pareciera, lo mismo que las noches, y nadie objetaba si salía o si se quedaba en casa. Ulrike se sentía totalmente libre, sin la obligación de tener que rendir cuentas sobre sus idas y venidas. Y más aun, le parecía que apreciaban su asistencia a las veladas junto a la chimenea y si a veces se sentía algo irritada por el humor tan típicamente inglés de Mr. B., por el otro lado quedaba ampliamente compensada con la naturaleza liviana y sin embargo muy maternal de Mrs. B. quién era de origen francés, poco convencional y nada "british".

Ulrike estaba feliz y asombrada de que tanta suerte había podido sucederle, y el tiempo que duraba su permanencia en Inglaterra se convirtió en una feliz época de aprendizaje, de estudios y de grandes amistades con gente de todo el mundo.

La pequeña y antigua ciudad universitaria, tan rica en costumbres y tradiciones, se hizo muy pronto familiar para Ulrike. También llegó a conocer a algunos de los *Colleges* tan famosos ya que los estudiantes organizaban regularmente fiestas y reuniones, tan a menudo que a veces Ulrike se preguntaba cómo hacían para encontrar además el tiempo para sus estudios.

Estas reuniones se caracterizaban por su ambiente alegre e informal y hasta se permitía visitar a los estudiantes internos en sus dormitorios donde montaban verdaderas ceremonias del té al estilo japonés-inglés y cuanto más exquisita era la porcelana de los juegos de tazas y platos y más perfecta la ceremonia de la preparación, tanto más orgulloso se mostraba el anfitrión de turno. Era una "ley" en los *Colleges* que tales reuniones tenían que terminar a las 11 de la noche y como casi siempre todo el mundo estaba muy animado y con ganas de seguir, los grupos acostumbraban a continuar la fiesta en la casa de la familia de alguno de ellos o en uno de los muchos clubs que había en la ciudad. Y entonces sí podían seguir en esto por horas y no era muy inusual que Ulrike regresara a casa muy avanzada la noche o hasta en horas de la madrugada

Pero aún así nunca dejaba de cumplir con una de sus obligaciones que era la de llevar a Mr. B. su primera taza de té del día a su cama a exactamente las siete de la mañana. Esto se había hecho una costumbre y a pesar de que a veces para Ulrike este ritual algo excéntrico de este caballero era motivo de burlas secretas o hasta de pensamientos negativos o de desaprobación,

ya había logrado tal grado de adaptación que semejantes caprichos o extravagancias de algunos ingleses o extranjeros ya no afectaban su capacidad de ecuanimidad y de tolerancia. Por el otro lado experimentaba tanta amabilidad e interés genuino que no le costaba ningún esfuerzo ofrecer estas atenciones con gentil naturalidad y sin resentimientos.

Tal vez era gracias a estas circunstancias felices que Ulrike poco a poco aprendió tratar a la gente que la rodeaba con menos prejuicios, menos preocupaciones y menos reservas. Se volvió más extrovertida y más comunicativa, y los estudiantes que frecuentaban el Club de los Extranjeros comenzaron por interesarse en ella y la invitaban más frecuentemente a acompañarlos en sus excursiones por el río de la ciudad en estos botes tan típicos o a formar parte de sus grupos de amenas discusiones e interesantes charlas sobre temas que a Ulrike hasta este momento ni se le habían ocurrido o siquiera interesado. Ya no había fines de semana sin uno o varios compromisos y muy dentro de su corazón se sentía enormemente sorprendida de que las fiestas bailables en las que participaba podían durar horas y horas y ella sin perderse ni un solo baile. Se sentía dichosa y por fin aceptada y por encima de todo, tenía una familia donde se sentía a gusto y que hasta cierto grado había logrado remplazar a su propia familia a la que seguía extrañando enormemente.

Una simpática costumbre se había implantado a medida que pasaban las semanas: cada vez que Mr. and Mrs. B. (Ulrike pronto los llamaba por sus nombres de pila) iban a Londres o planeaban pasar el fin de semana con amigos en la campiña inglesa, Ulrike era invitada a acompañarles para conocer las costumbres de los ingleses y su manera de entretenerse en el campo. Se daba mucha importancia a la buena y abundante comida, generalmente se organizaban largas caminatas por los prados y los bosques y muchas veces se jugaba golf o cricket.

Especialmente popular entre las familias eran los picknicks y a menudo se juntaban 10 o 20 personas entre adultos y niños para disfrutar de estas comidas informales y alegres. Todo el mundo se sentaba en la grama y mientras los niños jugaban y se divertían, los adultos conversaban y se contaban anécdotas

También hacían excursiones para ver exposiciones o para conocer algunos de los castillos y sitios históricos de la campiña inglesa y por las noches había reuniones para bailar y para hacer nuevas amistades.

Cursaba el año 1960 y la guerra mundial había terminado hacía ya más de 15 años. La gente anhelaba diversiones, cambios, estímulos culturales e intelectuales en general. Se observaba una tendencia común de crear nuevamente una base de entendimiento y de encontrar nuevos caminos para la comprensión y la tolerancia mutuas. Gente joven de todas partes del mundo se encontraban y se esforzaban en hablar un mismo idioma, en construir puentes, bases, sobre los cuales edificar conjuntamente y con éxito un mundo nuevo y reconciliado. Había un deseo evidente para la reconciliación, para la comprensión, para una cooperación activa en la planificación y ejecución de los primeros pasos reales en el camino hacía una nueva unificación internacional y un futuro esperanzador y estable. Y Ulrike se sintió parte de este movimiento y estas ambiciones y aunque no faltaban los inevitables días de abatimiento y de desaliento, cada vez le costaba menos esfuerzo demostrar interés y gentileza hacia las tan variadas personas con los que se encontraba a diario, aceptando y asimilando lo positivo de una manera de ser y de pensar ajena a la suya. Era ésta una época de aprendizaje para ella y todo lo adquirido una valiosa ayuda para su futuro cuando su camino se cruzaría decisivamente con gente de otras culturas, nacionalidades y mentalidades.

Ha pasado un año y Ulrike ha cumplido con lo que se había propuesto. El inglés lo hablaba casi perfectamente como lo certificaba el documento que le habían otorgado como resultado de varios exámenes aprobados exitosamente y ahora se acercaba el día de su regreso a Alemania y a su casa donde ya la estaban esperando ansiosamente sus padres. Ulrike está experimentando un sentimiento de gran felicidad y de satisfacción, casi de euforia; no solamente por haber logrado su meta en cuanto al idioma, sino también porque sabía que se había convertido en una joven que había aprendido a ser independiente, a lidiar con dificultades, a resolver problemas, a tratar con personas desconocidos y hacerlas sus amigos, una joven que podía pensar y actuar adecuadamente y que había desarrollado algunos conceptos e ideas muy personales con los cuales intentaría hacer frente a sus planes y proyectos futuros.

Primero, sin embargo, quería reencontrarse con sus padres y también con sus abuelos maternos en la bella ciudad del norte de Alemania, con su gran río y sus verdes techos de cobre. Ulrike adoraba los recuerdos que guardaba de su infancia en aquella ciudad; pensaba refrescarlos antes de regresar definitivamente a su casa en el sur y a la vida nueva que pensaba empezar a corto plazo. También éste era un rasgo característico de su nueva manera de ser: era capaz de visitar ella sola a personas que no había visto por mucho tiempo, charlar y convivir con ellos libremente, hacer planes y llevarlos a cabo y el hecho de tener que sopesar y evaluar acciones y sus consecuencias ya no le asustaba o hasta paralizaba como en un principio, hacía solamente un año atrás. Ulrike indudablemente había ganado seguridad propia, confianza en sí misma, y el saber ser la responsable de sus propios actos, la llenaba de orgullo y de expectativas.

Durante las últimas semanas de su estancia en Inglaterra, Ulrike había decidido que su próximo destino sería Francia y su meta el dominio del idioma francés. No pensaba contentarse con un solo idioma extranjero. Para sus futuras actividades, fuesen lo que fuesen, como secretaria bilingüe en una oficina comercial o como azafata con alguna línea aérea, el dominio de varios idiomas era un requisito indispensable. Por lo tanto nada menos que París sería su próxima escala. Pero lo que Ulrike ignoraba era que no sería únicamente su próxima escala, sino que ésta se convertiría virtualmente en un punto de partida, en el punto de transición que de alguna manera decidiría el curso de toda su futura vida.

SOL Y SOMBRA, FELICIDAD Y TRISTEZA

La ciudad “luz”, Paris - 1961

28 de enero

Queridos mamá y papá:

Solamente un saludo cortito para hacerles saber que llegué bien a Paris. Felizmente, Anja, la chica que estoy remplazando en casa de los G. estuvo en la estación de trenes para buscarme y acompañarme a mi nuevo empleo, porque sin ella creo que no hubiese sabido qué hacer.

Si, efectivamente así es: toda la independencia y seguridad que tanto me ha costado adquirir en Inglaterra, ya están a punto de desaparecer. El presente, París, los G., la convivencia diaria con ellos, las dificultades que tengo con el francés, todo este mundo nuevo, desconocido, ajeno han logrado hacerme sentir nuevamente chiquita e insignificante y muy triste y abatida y con mucha nostalgia. Todo, absolutamente todo es diferente de Inglaterra, completamente distinto de lo que yo me había imaginado y lo que había esperado. Ya lo veo muy claro – mi vida aquí no va a ser fácil. Tendré que comenzar desde el principio. Espero que podré hacerlo, espero que querré hacerlo!

30 de enero

Queridos mamá y papá:

Ustedes no pueden imaginarse cuán sola una persona puede sentirse en medio de una ciudad tan grande y tan bella como lo es París.

Para que tengan una idea les cuento un poquito dónde estamos, en qué parte de la ciudad. Vivimos en uno de estos edificios de apartamentos altos, antiguos y muy típicos de París, muy cerca además de la torre Eiffel. Los G., con los que vivo y trabajo como chica “au-pair”, habitan un apartamento bastante grande del 5º piso, mientras que yo tengo un cuarto, si se puede llamar a esto “cuarto”, en el 7mo piso. Es el sitio donde se encuentran todas las habitaciones de “servicio”, en realidad debería llamarlas buhardillas en su peor significado. La mía es muy pequeña, no conozco a las demás. En todo caso ni ventana tiene, es decir, lo que suele llamarse ventana cuando sirve para mirar afuera y ver lo que hay enfrente etc. Como estos cuartos están situados en el último piso es decir, prácticamente debajo del techo, mi ventana es realmente un tragaluz que se abre y se cierra mediante una cuerda que bambolea encima de la cabeza de uno. Para abrir hay que usar un palo y empujar el vidrio hacia arriba. Y a través de esta “abertura” se ve un pedacito del cielo, habitualmente gris y nublado, de París.

También el baño común que se encuentra en el fondo del pasillo donde está mi habitación, tiene en el techo este mismo tragaluz. ¿Y la primera vez que tuve que hacer uso del baño saben lo que vi? Vi la punta de la mismísima torre Eiffel! ¿Qué les parece?

Ya mencioné que mi cuarto es muy pequeño. Toda la pared del fondo, que es una de las anchas, está ocupada por la cama (por cierto, si me paro encima de la cama puedo alcanzar más fácilmente el tragaluz con el palo para abrirlo). Bueno, a parte de la cama, hay una pequeña mesa algo coja, una silla y un ropero, que no debería llamarse así porque casi no cabe ropa adentro. La mayor parte de mis cosas tuvieron que permanecer dentro de mi maleta que encontró su sitio por debajo de la cama, de modo que cada vez que necesito algo, tengo que sacar la maleta, abrirla, sacar lo que necesito, cerrarla y volver a guardarla debajo de la cama.

La verdad es que este cuarto resulta bastante deprimente. Se acuerdan ustedes lo fascinada que estaba yo con la habitación que tenía en Inglaterra en casa de los B.? Estuve pensando que quizás con una u otra de las cosas de mi cuarto en la casa de ustedes en B., cosas que tal vez no les hace falta, podría dar un aspecto más acogedor a esta buhardilla. ¿Sería posible enviarme algunas cosas?

22 de febrero

Queridos mamá y papá:

Realmente es bastante horrible cuando uno no se puede comunicar.

Me siento como enjaulada y nadie tiene acceso a mi jaula y yo no tengo cómo salir de ella. Me recuerda la poesía de Rainer Maria Rilke, la de la pantera que también está encerrada y sin poder comunicarse con los que están afuera. Se pasea de un lado al otro detrás de sus rejas y ha perdido todo interés por lo que sucede a su alrededor o al otro lado de las rejas. Es más o menos así como yo me siento. Es porque no tengo acceso a las personas con los que vivo. No las entiendo y ellos no me entienden a mí. Lo peor es que tal vez ni tienen interés en establecer algún contacto conmigo. Parecería que para ellos, los Sres. G., soy simplemente alguien que contrataron para mantener ordenado a su apartamento y para ocuparse de las tareas domésticas como el lavado, el planchado, las compras diarias para hacer las comidas etc. Los dos, Madame y Monsieur, ambos son profesionales, trabajan en la ciudad, de modo que me quedo sola durante todo el día, todos los días de la semana y muchas veces también los fines de semana cuando ellos se van al campo. Pero nunca hasta ahora me han ofrecido acompañarles en sus salidas como lo habían hecho tantas veces los B. en Cambridge.

Así que a menudo tengo que pasar sola el sábado y el domingo, y a veces hasta también el lunes y el martes. Y lo que es más grave todavía, también debo ocuparme de mis comidas durante estos días, tengo que comprar comida hecha o comida fría y tengo que pagarla yo misma. Esto no es muy fácil para mí ya que recibo solamente una mesada muy reducida y no me alcanza para mucho.

Y tengo tantas ganas y tanta necesidad de hablar, de comunicarme con alguien que hasta comencé a tratar de conversar con el hombre que trae las botellas de leche. A veces me siento tan desesperada de hablar con algún ser amigo que cualquiera que toca el timbre del apartamento me sirve para intercambiar algunas palabras.

Llego a pensar que no debería haber escogido esta pareja para convivir con ella y aprender el francés. Cuando se trata de profesionales que pasan la mayor parte del día fuera de la casa y también muchos fines de semana fuera de la ciudad, no creo que exista mucha posibilidad de aprender y practicar un idioma. Posiblemente debería tratar de encontrar otra familia donde quedarme, así como lo hice también en Inglaterra, una familia que me permita compartir y por lo tanto aprender conversando con ellos.

28 de febrero

Queridos mamá y papá:

Claro que trato de conocer a París. Me paseo mucho y también he visitado ya algunos de los museos más reconocidos. Como los G. viven en las cercanías de la torre Eiffel, mis caminatas de mis días libres las hago frecuentemente en sus alrededores. Esto incluye también al río Sena con sus múltiples puentes y me encanta pasearme en sus orillas y observar a los barcos de excursión llamados “bateaux mouche”, llenos de turistas, sobre todo los sábados y los domingos. Pero también me hacen sentir un poco triste porque viendo a toda esta gente alegre y feliz, me siento aun más sola, más perdida y hasta fuera de lugar. Me gustaría tanto tener a alguien a mi lado con quién comentar las cosas que veo, lo que siento, una amiga, un amigo.....Además no es tan sencillo pasearse sola por París. A menudo te hablan, te importunan, creen que estás ahí en busca de compañía o de aventuras. He descubierto que las chicas francesas tienen una manera muy particular de caminar cuando están solas. Ellas generalmente no se pasean con paso lento, como despreocupadas, sino rápido y decidido, de manera que no dan la impresión de estar ociosas o buscando otra cosa. Me pregunto si se puede aprender a caminar así.

Por otro lado, me inscribí en una escuela de idiomas, más exactamente, me inscribí en la Alliance Française y espero tanto que tendré el tiempo suficiente para poder asistir a clases regularmente y además encontrar el tiempo suficiente para estudiar y prepararme para los diferentes exámenes. Tengo tantos deberes y tantos quehaceres en el apartamento de los G. que realmente no estoy muy segura de poder con todo lo que me he propuesto.

Los G. como matrimonio, sin hijos, son una pareja sumamente desordenada. Cuando invitan gente a su apartamento y esto sucede con bastante frecuencia, al final de la noche cuando se retiran a dormir, acostumbran dejar todo completamente revuelto, absolutamente patas arriba por lo que paso generalmente toda la mañana siguiente para ordenar, limpiar y poner las cosas en sus sitios. Cuánto extraño la simpática y acogedora casita que había sido mi hogar en Inglaterra! Echo mucho de menos a los gentiles B., a su perrito *salchicha* Otto, a todos los estudiantes y chicas au-pair que he conocido allá y a todas nuestras actividades y salidas locas y despreocupadas. Aquí en París, me siento totalmente sola y si esto va seguir así, creo que regresaré a Alemania antes de lo planeado

- II -

Ulrike se encuentra recostada en su estrecha cama de la buhardilla del 7° piso de la casa de apartamentos de la Avenida Suffren en el 7° Arrondissement de París.

Su mirada se fija en el pequeño rectángulo en el techo de su cuarto, en el tragaluz por el cual puede ver un pequeño trozo del cielo, más azul ahora que gris. Por enésima vez reflexiona sobre su situación actual. Se encuentra en París y contrario a todo lo que un podría pensar, se siente terriblemente sola, abandonada y triste. De alguna manera ha llegado a un punto dónde la toma de una decisión se hace inevitable. Sabe que así no podrá seguir. Ha tratado de convertir a sus cuatro paredes en algo parecido a un lugar más habitable y acogedor. Hay un pequeño tapete multicolor en el sencillo piso de madera y un cubrecama de alegre diseño sobre la cama. También hay dos o tres cuadros en las paredes y sobre la mesita un sencillo pero colorido mantel a cuadros. Una cafetera, un hornillo eléctrico, dos platos y una taza complementan el “mobiliario”. Para más no alcanzó su reducido presupuesto, pero por lo menos sus libros y su material de estudio encontraron un sitio encima de un pequeño taburete al lado de su cama.

Es la tarde del sábado y Ulrike está sola y totalmente indecisa sobre si va a emprender algo nuevo este día y qué, o repetir cualquier cosa que ya ha hecho antes, o nada en absoluto. A decir verdad no tiene ganas de visitar otro museo más o ir a un cine al caer la noche. No le agrada la idea después de la función tener que regresar sola a su cuarto, pasando frente a estos pequeños y bulliciosas cafés o bistros donde siempre se ve a

tantas personas felices y alegres sentadas en grupitos de dos o tres o más alrededor de pequeñas mesas tomando café, o vino o algún aperitivo, conversando alegremente, haciendo bromas con los paseantes o simplemente ocupándose de sus propios asuntos y disfrutando su propia intimidad.

Ulrike anhela formar parte de esta gente, añora compañía para también poder pasar la tarde en estos sitios o bailar en la noche en uno de los muchos locales y centros de glamour y de entretenimiento que hicieron tan famosa a la ciudad de París en todo el mundo. Quiere estar alegre, relajada, contenta, quiere bailar, estar con amigos y pasarlo bien.

Hace unos días, en el instituto de idiomas que frecuenta, Ulrike se enteró de la existencia de una organización parisiense que aparentemente ofrecía a chicas solteras la posibilidad de participar los sábados y domingos en actividades sociales como bailes, salidas, reuniones y encuentros amistosos que se llevaban a cabo en las instalaciones de la OTAN (SHAPE) en Versailles para entretener a sus colaboradores estacionados en París. Para este fin se ponían a disposición de las chicas interesadas buses de la UNESCO que las llevaban a Versailles, las esperaban y las regresaban a París en un horario preestablecido. La persona que había facilitado a Ulrike esta información le había asegurado que se trataba de un asunto absolutamente serio y nada peligroso o sospechoso y había faltado muy poco para que Ulrike se decidiera a participar por lo menos una vez en una de estas salidas. Se había trasladado a la hora indicada a la plaza Etoile y había observado desde alguna distancia como algunas chicas habían subido al bus de la UNESCO que estaba estacionado allí. Sin embargo, le había faltado el coraje de hacer lo mismo; se había volteado y regresado a su habitación.

Hoy, una vez más, había llegado a un punto decisivo. Ya no tenía la fuerza y la gana de pasar nuevamente un fin de semana sin compañía, sin diversión y sobre todo sin perspectivas futuras para el resto de su estadía en París. Ulrike consulta su reloj de pulsera, casi sin darse cuenta y sin ninguna intención, y ve que todavía habría tiempo, no sería demasiado tarde si saliese ahora a tomar el Metro que la dejaría en la Place d'Etoile. Y en ese momento sabe que esta vez sí lo va a hacer, tomará el bus y se irá a Versailles junto con las demás chicas y procurará de pasarlo bien. Simplemente tiene que hacerlo porque de lo contrario ya no estaría en paz por no haberlo intentado, por no haber tratado de encontrar una solución a su soledad y a su vida monótona. Sí, hoy sería el día que cambiaría todo, definitivamente.

Quién puede decir qué hubiera pasado si Ulrike hubiese sospechado siquiera en qué medida esta decisión de un instante influiría en el curso que tomaría su vida desde entonces, no enseguida, pero a la larga, en los siguientes meses y años, este paso que estaba a punto de tomar la llevaría lejos, mucho más lejos de lo que tal vez había soñado o imaginado alguna vez. Quién puede decir que tal vez, al saberlo, ella habría cambiado su decisión? Será cierto que nuestro futuro está predestinado o tal vez es el capricho de un determinado momento que a veces decide el rumbo de toda una vida?

Es un hecho, sin embargo, que Ulrike había llegado a tiempo al punto de encuentro, se había montado al bus señalado y con ella numerosas chicas igualmente deseosas de escapar de la monotonía de un sábado solitario, todas esperanzadas de poder pasar una noche divertida con bailes y buena compañía.

Naturalmente, Ulrike no pudo evitar de sentirse algo “rara”, algo atrevida ya que todo ello tenía para ella un cierto sabor a aventura, a algo que como ella intuía, no iba a poder fácilmente contar y hacer entender a sus padres. Ellos seguramente tendrían algunas y no del todo injustificadas reservas hacía semejante empresa. Pero Ulrike pensaba ver y evaluar esta primera noche en Versailles y después no volver allá o de ser positiva la experiencia, aprovechar al máximo estas salidas para hacer un poco más soportables los meses que aún le quedaban hasta su regreso a Alemania.

Y efectivamente, durante todo el trayecto desde París hasta Versailles, las demás chicas no hacían más que hablar de lo positivo y entretenido que habían resultado las salidas anteriores y cuánto habían disfrutado del baile y de las conversaciones. Con todo esto Ulrike empezaba a sentirse algo más confiada y segura, ya que si estas chicas habían ido allá y regresado bien y contentas, tan malo no podía ser y hasta comenzaba a sentir algo como esperanza y cierta expectativa para esto que pronto iba a ver y experimentar.

A su llegada en Versailles y en cuanto el transporte quedaba estacionado frente al edificio de Club Internacional de la SHAPE (Supreme Headquarters Allied Powers Europe) todas las chicas recibían un número de identificación lo cual, a juicio de Ulrike, resultaba más bien algo humillante; sin embargo más tarde, a su regreso a París ya de noche, comprendió que esta medida era simplemente para asegurar que todas las señoritas efectivamente retornaban a París de la misma manera como habían llegado a Versailles horas antes.

Después de haber entrado al edificio donde se encontraban los salones de esparcimiento, las chicas estaban libres de reunirse en seguida con toda la gente joven que ya se encontraba en el salón de baile o, si así lo deseaban, ir primero a la cafetería abierta hasta tarde al público presente, para tomar algún refresco o una cena ligera a precios mucho más convenientes que en la ciudad de París.

Una vez ingresada al salón de baile, Ulrike quedó bastante impresionada por la gran cantidad de gente joven que se encontraba allí reunida, charlando, bailando y, a todas luces, pasándolo muy bien. Y ella también rápidamente se encontró siendo parte de la diversión general y las horas comenzaron a pasar muy rápidamente y casi sin uno darse cuenta, pronto llegó la medianoche y con ella la hora fijada para su regreso a la ciudad. Ya el bus que las llevaría de vuelta a la Place d'Étoile se encontraba estacionada en la entrada y sin más tardanza pero sí con algo de pesar, todo el mundo se acomodaba en él, se hizo el chequeo de las asistentes con ayuda de los numeritos y la aventura quedaba finalizada. Ulrike se sintió muy satisfecha con la manera como había pasado la noche: el evento había resultado muy entretenido, ella había bailado mucho y de muy buenas ganas, casi como en sus tiempos más despreocupados en Inglaterra, había encontrado gente simpática y divertida y con todo, había pasado una noche de lo más agradable y además prometedora, ya que ella estaba decidida de repetir esta experiencia el siguiente fin de semana.

La semana siguiente a su excursión a Versailles transcurrió sin incidentes desagradables, tal vez porque Ulrike estaba más tranquila y menos desesperada.

Su mundo se le antojaba más colorido, más alegre y mucho más llevadero que la semana anterior y los problemas diarios en su trabajo así como en la escuela dejaban de pesar tanto y parecían más livianos y hasta triviales. La alegría y las expectativas anticipadas le hacían esperar ansiosamente y con impaciencia la llegada del siguiente fin de semana.

Ulrike había escrito a sus padres y les había contado lo bien que había pasado aquel sábado en Versailles, les había descrito la clase de personas que había encontrado y con qué precisión y cuidado las autoridades encargadas estaban organizando ese tipo de evento. Hacía ya meses que Ulrike no se había sentido tan bien, tan a gusto consigo misma y tan convencida de que desde ahora todo iba a resultar mejor y tal como ella lo había esperado y anticipado. Y esto, efectivamente, fue lo que sucedió, porque la siguiente noche de baile en las instalaciones de la SHAPE en Versailles le trajo a Marc.

- III -

Marc era inglés, ingeniero eléctrico con la OTAN, tenía 27 años y había de convertirse en el primer gran amor de Ulrike. Entró en su vida de la misma manera sorpresiva, inesperada pero totalmente natural y, como sucede a veces, de la misma forma como hace dos años antes había entrado en su existencia aquel joven esquiador en ocasión del baile que habían organizado para una noche durante la estancia de Ulrike en la residencia de invierno en Alemania. Si Ulrike se sintió sorprendida o por lo menos consciente de la duplicidad de estos dos acontecimientos, hoy naturalmente ya no lo sabría decir, pero el hecho es que en aquel momento se sintió sumamente impresionada y hasta consternada. Todo pasó de un modo tan inesperado y sin embargo al mismo tiempo tan fuertemente deseado. Era como la respuesta a un anhelo suyo muy íntimo, el cumplimiento de sus largamente abrigados sueños y esperanzas. Tanto más sorprendente era para ella misma el darse cuenta que la repentina aparición de Marc no la sacudió tanto como para sacarla por completo de su rumbo.

A partir de este día memorable, la vida de Ulrike en París y la ciudad en sí cambiaron total- y definitivamente. Lo que hasta ahora había aparecido descolorido y monótono, la larga fila de interminables horas de soledad, de paseos sin rumbo por las calles de la ciudad, sus en su mayoría inútiles intentos de manejar de manera positiva y fructífera este episodio de su vida algo inesperadamente complicado, todo aquello ya no parecía igual que antes, sino incluso exactamente lo contrario de lo que había significado para ella hasta ahora.

Las dificultades con los G. no cesaron de presentarse de vez en cuando, pero ya no tenían la misma importancia como antes. Los problemas con sus estudios en la Alianza Francesa primero y en la Sorbona después ya no la conmovieron tanto y tan fácilmente como antes. Los continuos estados de estrechez monetaria que sufría en esta época se convertían como por arte de magia en desafíos para buscar y encontrar otras posibilidades de ganarse algunos francos adicionales, y la pequeña y fría buhardilla del séptimo piso en la Avenida Suffren había sido redecorada y remozado con algunas adicionales pequeñas pero ingeniosas compras y transformado en un acogedor refugio de paz, de descanso y lugar propicio para cumplir con su plan de estudios diarios del idioma francés.

Siempre que Ulrike tenía algunas horas libres y Marc el tiempo para estar con ella, emprendían juntos todas estas cosas con las que Ulrike había soñado tan a menudo de no tener que seguir haciéndolas sola. Juntos visitaban muchos lugares de interés y atractivo turístico, los monumentos, los edificios históricos, los palacios convertidos en sitios públicos, las tiendas, los bares, los rincones pintorescos que tanto abundan en París. En los museos admiraban las pinturas famosas de los impresionistas que eran los pintores predilectos de Ulrike en aquella época, se detenían frente a las figuras gigantes de Henry Moore en los jardines del Museo Rodin (Exposición del año 1961) y visitaban por expreso deseo de Ulrike el Hôtel des Invalides y la tumba de Napoleón. A menudo descansaban y se refrescaban en los pequeños cafés y bistrots del Montparnasse o de las grandes avenidas alrededor del Arco de Triunfo y de la iglesia de La Madeleine para finalmente terminar en la Plaza de la Concordia o en Los Campos Elíseos.

Ulrike llegó a conocer todo lo interesante y excitante que París tenía que ofrecer a turistas y habitantes regulares. Marc se reveló como un anfitrión y guía generoso y conocedor. Aún siendo inglés conocía a la ciudad tan bien y tan a fondo como muchas veces solamente es el caso de los extranjeros. Los habitantes regulares a menudo no se toman las molestias de averiguar y conocer los rincones y escondites de su propia ciudad.

También seguían frecuentando los eventos de baile de la SHAPE en Versailles, ahí donde se habían encontrado por primera vez, y para Ulrike estas y todas los demás momentos que pasaba en compañía de Marc eran como un constante y vertiginoso estado de éxtasis y de profunda felicidad. Las semanas y meses pasaban literalmente volando y sus sentimientos para con Marc se profundizaron en la medida que el tiempo restante de su estancia en París se hacía más y más corto. Y Marc era tan comprensivo y mostraba tanta simpatía cuando Ulrike se sentía abrumada por sus problemas e insegura de cómo solucionarlas. A él le gustaba engreírla y mimarla de un modo que para Ulrike resultaba totalmente nuevo y desconocido y parecía disfrutar muchísimo viéndola disfrutando y aceptando gustosamente todo lo que él quería y podía ofrecerle. Y llegó el día que hablaron de seguir juntos, de casarse y también de cómo afrontar las dificultades que por esta razón seguramente se iban a presentar en vista de sus diferentes nacionalidades, idioma y origen.

El contrato de trabajo que supuestamente Marc tenía con la OTAN en Versailles terminaba en la primavera del siguiente año y Ulrike, por su lado, había prometido a sus padres que regresaría a B. al comenzar el otoño para luego tomar una decisión sobre cómo ganarse la vida en el futuro y cómo prepararse adecuadamente para ello.

La separación que necesariamente se acercaba serviría a ambos para reflexionar y para examinar la naturaleza y la profundidad de los sentimientos que tenía el uno para el otro. Porque Ulrike sentía a veces alguna pequeña duda y se preguntaba si de verdad conocía realmente a Marc. En ocasiones sus actuaciones, sus comentarios, sus insinuaciones la dejaban completamente confundida e indecisa. Su comportamiento a veces le parecía bastante incomprensible para no decir misterioso, pero aún así Ulrike aceptaba voluntariamente su propio razonamiento y desarrollo de ideas de que seguramente existían sobradas y buenas razones para esta manera de ser ya que su confianza en él era absoluta aun cuando no lograba comprenderlo del todo. Ulrike tenía una manera muy directa y muy definida de ver las cosas y de resolver los problemas, mientras que Marc, y esto tuvo que admitirlo ante ella misma, actuaba de manera algo distinta.

Un día, era casi al final de su estancia en Francia y faltando pocos días para el cumpleaños de Ulrike el cual Marc pensaba festejar de una manera muy especial, sucedió algo que obligó a Marc a viajar repentinamente a Inglaterra: Era un acontecimiento familiar muy triste y totalmente inesperado: su padre había sufrido un accidente de caza y había fallecido ese mismo día. Era natural y lógico que Marc viajara en seguida para reunirse con su familia con el fin de brindar apoyo a su madre y a sus hermanos. Ulrike sintió una gran tristeza y una enorme compasión y se imaginaba perfectamente lo difícil y deprimente que le iba a resultar este viaje a Marc. A su regreso pensaba proporcionarle todo el apoyo moral y todo el afecto y ternura que podía estar necesitando. Además Marc sólo se ausentaría por pocos días y seguramente estaría de regreso para su cumpleaños y si no entonces hablarían por teléfono y acordarían otros planes para cuando estuvieran juntos de nuevo.

Sin embargo los días transcurrían y Ulrike seguía sin noticias. Su inquietud y su nerviosismo crecían con cada día que pasaba sin novedades de Marc y Ulrike simplemente no entendía. Marc tenía que saber cuánto pensaba en él, cuánto se preocupaba y cuánto deseaba su regreso. Si solamente supiese ella la razón de su silencio! Hacía ya algunas semanas que Ulrike había empezado a trabajar para una nueva familia parisina. Era una pareja con dos hijos adolescentes que deseaban aprender el alemán con Ulrike. Esta familia era de lo más gentil y comprensiva y las preocupaciones e inquietudes de Ulrike se discutían entre todos y no faltaban bien intencionadas opiniones y sugerencias. Se esforzaban para consolar a Ulrike y le aconsejaban de tener paciencia y de tratar de distraerse un poco en espera del regreso de Marc.

La familia L. tenía su apartamento en un distrito bastante elegante de la ciudad, muy cerca del Palacio del Eliseo, el palacio presidencial de París. Era justamente el 14 de julio, día nacional de Francia, cuando finalmente Ulrike se había decidido hacer caso a los buenos consejos, y había salido a caminar por las calles de las cercanías. Y justamente en ese instante salió una gran limusina negra del patio del palacio y se enfió en la calle que Ulrike estaba a punto de cruzar. Ya ella se había preguntado del porqué de tantos soldados apostados en cada esquina. La explicación era obvia cuando en el fondo de la limusina que lentamente se alejaba Ulrike pudo distinguir claramente el perfil tan conocido del presidente de Francia, el general Charles de Gaulle, quién muy gentilmente le dirigía un saludo con su mano.

Este encuentro con el entonces presidente de Francia había impresionado bastante a Ulrike y había logrado momentáneamente alejar de su mente sus preocupaciones por Marc, pero a parte de representar un escaso momento de distracción, no le servía mucho para disipar sus negros pensamientos en ese día de júbilo general cuando prácticamente toda la ciudad de París estaba celebrando el 14 de Julio hasta muy avanzadas horas de la noche.

Y no fue hasta la semana siguiente cuando Ulrike por fin y casi de una manera casual obtuvo noticias de Marc. El ya había vuelto a París uno o dos días antes y sin haber tenido la oportunidad de contactar a Ulrike le habían enviado a una misión fuera del país y que seguramente era del tipo de trabajo que no permitía ni el más mínimo aplazamiento. Sea cual fuese la naturaleza de esa misión, a Ulrike Mark no había querido comunicar detalle alguno y ella lo comprendió perfectamente puesto que seguramente las reglas de juego que se aplicaban con los empleados de la OTAN debían de ser bastante singulares.

Y sin embargo, muy en lo profundo de su ser, ciertas dudas se habían infiltrado, dudas que Ulrike no quería aceptar y que logró apartar de su mente por el resto de su tiempo en París. Su relación con Marc no había cambiado en nada, por el contrario, habían llegado a la conclusión que irían a Alemania juntos y después se separarían por algunos meses con el fin de dar a cada uno la posibilidad de prepararse y hacer los planes para el matrimonio y la futura vida en común, en Inglaterra, la patria de Marc.

Las semanas hasta su partida de París se fueron volando y juntos pasaron un tiempo inolvidable, maravilloso, inmejorable y Marc se mostraba tan atento, con mucha ternura y muy comprensivo. La despedida de Marc quién finalmente no pudo acompañarle a Alemania fue difícil y dolorosa para Ulrike, pero había de por medio la promesa hecha a sus padres y había que cumplirla. Pronto, muy pronto se verían de nuevo y entonces sería para siempre, para toda la vida. ¡Qué porvenir tan fantástico y tan excitante!

Meses después.....

Ulrike ha regresado a lado de sus padres en B.

A Marc nunca más lo ha vuelto a ver.

Ninguno de sus planes se ha hecho realidad.

Marc salió de su vida de la misma manera como había entrado en ella: sin advertencia, sin explicaciones, definitivamente.

Punto final.

Aquel verano soleado, brillante, prometedor quedó remplazado por cortos y fríos días otoñales con densas y tristes neblinas blancas y húmedas. Después llegó el invierno, y su gélida blancura y larga sucesión de días y semanas uniformes y noches oscuras y silenciosas proporcionaron a Ulrike una especie de sueño invernal, para nada deseado por ella, pero saludable después de todo. Y cuando finalmente empezó una nueva primavera y aparecieron en el jardín los primeros crocos y campanillas blancas, Ulrike también se despertó de su profundo letargo temporal y quedó manifiesto que algo había cambiado en ella. Pero este cambio Ulrike no lo había buscado o deseado. La muchacha alegre, sensible, capaz de sentir y compartir intensamente, de vivir y convivir con optimismo y con grandes expectativas, se había transformado en pocos meses en una criatura seria, sin ilusiones, sin alegrías, en un ser, hasta cierto punto, rencoroso y hasta vengativo.

Mientras seguía viviendo junto a sus padres a quienes Ulrike había dejado más bien al margen de todo lo acontecido y quienes solamente conocían parte de las razones de su desesperación y del cambio de su manera de ser, Ulrike disponía de tiempo y de ocio suficientes para cavilar acerca de sus sentimientos y pensamientos desordenados, desequilibrados y por momentos hasta descontrolados y ciertamente poco saludables. Con rabia a veces, con sentimientos encontrados otras, Ulrike evocaba demasiadas veces sus recuerdos dolorosos y dirigía su razonamiento y sus apreciaciones, sus actos y sus conclusiones en direcciones que no eran aptas para proporcionarle ni algo de alivio, ni una satisfacción aunque temporal, solamente en ocasiones una traicionera sensación de una venganza realizada a medias.

Ulrike ya no tenía dificultades para relacionarse y entablar alguna u otra mal llamada amistad, ya fuese con compañeros de trabajo, ya fuese con alguna u otra persona de su círculo social. Y sobre todo no le causaba el menor remordimiento ni era razón para una segunda reflexión, si esa persona o ese amigo temporal aún tuviera lazos sentimentales anteriores o tal vez hasta estaba casado. Ulrike se sentía muy por encima de semejantes detalles, no le llegaban, no los sentía, no le tocaban a ella en la profundidad de su ser. Pero este comportamiento con toda certeza no era parte fundamental de su carácter y personalidad en pleno desarrollo, era un acto de rebeldía del momento, más inconsciente que consciente, una manifestación elocuente de su debilitado y desequilibrado mundo interior.

A medida que pasaron los meses, la gran tensión interior de Ulrike así como las manifestaciones constantes de su irritabilidad y descontento consigo mismo y con el mundo en general, finalmente empezaron a ceder lentamente ante la proverbial “calma después de la tempestad”. Ulrike entró en un período de sana reflexión y de un renovado y apremiante deseo de enderezar y dirigir su vida tal como se lo había propuesto el día cuando por primera vez abandonó la casa de sus padres para volverse independiente y autosuficiente. Sin proponérselo había sido alejada de este rumbo, se había dejado llevar por la corriente sin poner resistencia y sin evaluar posibles consecuencias. Pero esto se había acabado, Ulrike sintió nacer una apremiante necesidad de fijar metas y alcanzarlas, aunque fuesen simples y sin grandes pretensiones, de demostrar que sí valía, que sí tenía opciones y que a pesar de todo sí sabía hacer bien las cosas. No volvería a perderse en su camino por causa de conjeturas y falsas promesas. Tal vez había perdido para siempre sus ilusiones juveniles, pero también tenía la certeza de haber aprendido a pesar de sus equivocaciones y errores, o tal vez justamente a causa de ellos, a fijarse e interpretar correctamente las señales de valores auténticos, genuinos y aptos para poder confiar en ellos, sin reservas y sin exageradas expectativas. Ulrike ahora estaba preparada para la vida que era su destino y de la cual, en este momento, ignoraba absolutamente todo.

Y eso es lo que sucedió.....

Como sospechar que dentro de muy poco, apenas tres años más tarde, Ulrike iba a abandonar para siempre no solamente a su querida pequeña ciudad B., sino también a la misma Europa. Nada, absolutamente nada lo sugería siquiera, cuando ese día de invierno, igual como hace dos años antes cuando emprendió el camino hacia Inglaterra, Ulrike estaba llegando a un pequeño pueblo suizo casi totalmente escondido debajo de una gruesa cobija de blanca de nieve. Todavía desde Alemania, hace ya algunas semanas atrás, Ulrike había aceptado un trabajo como secretaria para los idiomas alemán, francés e inglés en una de las muchas fábricas de relojes que funcionaban en este pueblo en donde Ulrike tenía pensado fijar su residencia por algún tiempo. Ella estaba consciente que necesitaba lo más pronto y lo más rápidamente posible mejorar sus tristemente deficientes conocimientos del idioma francés. Con toda intención Ulrike había escogido a este remoto pueblo en las montañas suizas ya que no deseaba tener ninguna posibilidad de diversiones y distracciones, más bien pensaba dedicarse exclusivamente a su trabajo en la fábrica de relojes y al estudio de aquel idioma que había estado descuidando demasiado durante su estancia en París. Fueron sus padres quienes la habían traído en su carro hasta aquí y después de que Ulrike quedó instalada en una habitación alquilada, ellos habían tomado el camino de regreso con la intención de pasar algunos días de vacaciones en la casa de unos amigos en la ciudad de Zürich.

No es de extrañar en absoluto que Ulrike, una vez más, se sintió muy sola y llena de dudas; era invierno, hacía frío, su diminuta habitación que se encontraba a poca distancia de su nuevo lugar de trabajo era difícil de calentar y carecía además de todas estas pequeños detalles personales que hacen llevadera una vida en un lugar extraño y desconocido.

Tampoco le resultaba muy fácil a Ulrike eso de levantarse muy temprano en la mañana cuando todavía reinaban afuera la oscuridad invernal, el frío que se hacía sentir hasta los huesos, la nieve que dificultaba la salida de la casa y la caminata bajo el silencioso cielo estrellado hasta la fábrica de relojes a dos o tres cuadras de distancia. Igualmente le costaba bastante esfuerzo el trato y la convivencia diaria con sus nuevos compañeros de labores, con sus superiores y sobre todo cumplir debidamente con las exigencias y las responsabilidades que conllevaban su nuevo puesto. Y todo esto con personas desconocidas, en una idioma extraño y en un entorno completamente nuevo, diferente y desconocido.

Ulrike se esforzaba al máximo a cumplir perfectamente con sus obligaciones y se obligaba a sí misma de concentrarse totalmente a este nuevo capítulo de su vida. Evitaba recordar los días alegres y soleados de Inglaterra y de París, como tampoco quería pensar en la todavía muy reciente gran desilusión, quería seguir olvidando y empezar en serio una nueva etapa de su vida.

Las exigencias en la fábrica, los múltiples deberes y responsabilidades que le fueron confiados al poco tiempo y sobre todo el siempre creciente volumen de trabajo por lo demás no le dejaban ni tiempo para seguir cavilando y meditando sobre el pasado y la mantenían ocupada y en movimiento a toda hora.

Y era esto el remedio que había buscado Ulrike. Pronto comenzaba a sentirse a gusto en su nuevo entorno y en compañía de esta gente sencilla, amistosa y solícita con la que pasaba la mayor parte de sus días. Empezaba a interesarse por la vida de estas personas, por sus problemas y sus suertes, sus aflicciones y sus alegrías y estaba enormemente dichosa cuando sintió que finalmente la aceptaban como una de ellos y le daban la bienvenida.

La aldea donde Ulrike había escogido vivir y trabajar no ofrecía muchas posibilidades para distraerse, ni siquiera para pasarlo bien o de un modo diferente los fines de semana. Había un solo cine y las películas más recientes llegaban con bastante retraso a este pueblo medio perdido en las montañas suizas. También contaba el lugar con dos o tres restaurantes donde Ulrike acostumbraba almorzar o cenar según su estado de ánimo de cada día. Pero casi siempre comía sola y estaba satisfecha y tranquila cuando nadie de los demás comensales parecía darse cuenta de su presencia y por lo tanto nadie buscaba su conversación o le dedicaba más atención a parte de un rápido e impersonal saludo al momento de entrar por la puerta. Y Ulrike no quería ninguna atención, no sintió la necesidad de conocer otras personas, por lo menos no durante este primer tiempo de su estadía en Suiza. Más adelante, y Ulrike bien lo sabía, una vez más le haría falta estar acompañada por otros jóvenes y comenzaría a buscar la manera de hacer amistades, aunque a estas alturas de su vida no tenía la menor idea cómo, cuando llegase este momento, haría para lograr algún tipo de vida social para alejarse por corto tiempo de la rutina cotidiana en su lugar de trabajo.

Ulrike por supuesto no era la única extranjera en el pueblo. Había otros jóvenes como ella que habían venido de otros países con el deseo o la necesidad de aprender el idioma y de absolver dos o tres años de aprendizaje en una de las múltiples fábricas de relojes que funcionaban en aquel pueblo del Jura Bernés. Hasta había algunas chicas de su misma edad, alemanas como ella, pero aún así Ulrike no se sentía animada, ni mucho menos, de buscar su compañía con el fin de salir de vez en cuando en un grupo o intercambiar ideas y experiencias en el trabajo de cada una o acerca del hospedaje que hubiesen encontrado. Las veía durante la semana en el Colegio del pueblo donde Ulrike, igual que las demás se había inscrito para un curso intensivo del francés desde el día mismo de su llegada a este lugar.

Se había establecido como una costumbre que Ulrike escribiera a sus padres una o dos veces por semana para contarles de su trabajo en la fábrica y de los progresos que lograba en aquella y en las clases de francés en la escuelita del pueblo. Todo estaba tranquilo y todo transcurría como previsto, sin mayores problemas, acontecimientos imprevistos o incidentes inquietantes que hubiesen podido alterar el orden establecido y la tranquilidad de la vida diaria. No ocurrían cosas fuera de lo común y tampoco se registraban noticias que hubiese que resaltar en los relatos que Ulrike enviaba tanto a sus padres como a los hermanos con los que mantenía también cierta correspondencia con el fin de no perder el contacto y de enterarse de vez en cuando de lo que acontecía en la vida de cada uno de ellos.

Y sin embargo también esta época tan apacible y tan relajante para Ulrike tenía ya previsto su inevitable e inalterable final. Estos días tranquilos hasta cierto punto monótonos, de trabajo estable y rutinario, sufrieron un cambio sin preaviso, un corte

brusco y definitivo, llegaron a su final, un final que al mismo tiempo se convirtió en el comienzo de una nueva etapa y era este el momento que daba inicio a la verdadera vida de adulta de Ulrike y a lo que sería su futuro y su destino.

Sin proponérselo Ulrike conoció a la persona que desde ese preciso momento iba a influenciar totalmente su vida y que le daría un giro total y absoluto en la dirección que a pesar de todas los obstáculos y confusiones anteriores debió haber sido su destino desde el comienzo. Posteriormente y como en retrospectiva, mirando hacia atrás a todos los acontecimientos del pasado, los encuentros con tantas personas de diferentes orígenes y nacionalidades tanto en Inglaterra como en París o inclusive en Suiza, Ulrike debió haberse dicho a si misma, que precisamente el encuentro y el roce con esta policromía de mentalidades había sido preparación y entrenamiento para la vida en compañía de la persona predestinada para ella.

Es más que probable que el desconocido de la lejana América del Sur no correspondía para nada a la imagen inocente que Ulrike se había fabricado en sus sueños de adolescente de su príncipe azul, como tampoco a las ideas que posteriormente habían tomado forma más reales en su cabeza. Pero no obstante, Ulrike se sintió cautivada y encantada por el carácter abierto, la espontaneidad refrescante y la manifiesta admiración que le ofrecía este visitante del Nuevo Mundo. Por supuesto requería tiempo, su amistad, su relación no se consolidó de hoy a la mañana. Pasaban los meses y pasaron dos años, pero la impresión inicial que cada uno se había formado del otro se había conservado, profundizado, adquiriendo poco a poco una imagen cada vez más clara, más definida.

Aún cuando a los dos años de haberse conocido Ulrike regresó a Alemania por expreso deseo de sus padres en vista de este nuevo y por parte de ellos no del todo afortunado estado de eventos, los pensamientos y sentimientos de Ulrike, cada vez con mayor frecuencia e intensidad se tornaban en dirección a este lejano país de un idioma desconocido y de exóticas tradiciones de las cuales Ulrike todavía no sabía nada o muy poco, pero el cual, a pesar de todas las diferencias y todo lo desconocido e inimaginable, esperaba que lentamente, poco a poco, se volvería hogar y patria para ella. Quería amarlo, por él, y pensaba emplear toda su fuerza y toda su inteligencia para lograr este objetivo y con ello la felicidad y el éxito de su vida en común.

Y así fue como había sucedido. Ulrike empezó su nueva vida con sus ojos bien abiertos y su corazón también. Estaba receptiva, sensible, dispuesta a aceptar lo nuevo y a valorizarlo como tal. Tenía para ella el mejor compañero que podía desear en este viaje a lo desconocido. No tuvo mayores dificultades para aprender el idioma español ya que sus conocimientos del francés le resultaron de una gran ayuda y al correr los meses y los años, las costumbres propias de aquel país y el tipo de vida de sus habitantes, a veces extraño, a veces incomprensible para Ulrike, se tornaron familiares y naturales. Había aprendido a aceptar y a comprender. Lo más importante sin duda era que sabía lidiar con la pobreza y con las necesidades que encontraba en su camino, tolerar las deficiencias e imperfecciones y convertirlas en parte de su vida aun cuando no le tocaban a ella personalmente, pero por lo menos prestando algún tipo de ayuda en la medida de sus posibilidades.

Su propia vida tampoco transcurrió de un modo muy fácil o cómodo en todo momento y las inevitables dificultades no resultaron siempre muy fáciles de resolver. Se presentaron problemas económicos y también preocupaciones, situaciones alarmantes y angustiantes respecto a la situación política del país. Nunca se sintió verdaderamente segura y confiada y no faltaban los meses de dudas y hasta de desaliento. Pero entre ellos dos estos problemas habían sido superados y juntos finalmente habían logrado tener la vida sencilla y satisfactoria con la que ambos habían soñado desde el principio.

40 años más tarde.....

Ulrike se encuentra confortablemente instalada en una silla larga en un jardín extrañamente exótico pero bello en su esplendor multicolor y saturado verdor. Alrededor suyo hay cantidades de flores brillantes, arbustos de amplio y colorido follaje y árboles cargados de frutas exóticas. Delante de ella y mucho más allá del límite del jardín, se abre un valle ancho y profundo y en el lejano horizonte se dibuja en colores pasteles la fina línea de un pequeño apéndice de la cadena inmensa y maciza de la Cordillera de los Andes. El aire se siente caliente y agradable y entre todo el floreciente despliegue de árboles y arbustos que junto con las palmeras, cocoteros y plátanos confieren a este lugar su aspecto de oasis tropical, se oye el trinar y silbar y cantar de decenas de diferentes especies de pájaros que pueblan el jardín y llenan el aire con su incesante ir y venir.

Ulrike acaba de cumplir sus 65 años y su esposo y sus hijos y nietos habían pasado el día con ella para festejarla y celebrar el acontecimiento. Ahora casi todos ya se fueron y Ulrike se había quedado todavía un rato en el jardín, a solas, para contemplar la puesta de sol detrás de las montañas y la salida de la luna por encima de las copas de los árboles. A sus pies se habían instalado sus dos perras Bóxer y el gran perro Rottweiler que entre los tres representan los recuerdos más tangibles y conmovedores de su lejana Alemania y vieja patria. Hoy Ulrike tiene una patria nueva, una patria colorida, cambiante, caprichosa, nunca monótona, nunca tranquila, de un constante sonar de diferentes melodías y ritmos y sin embargo una patriasingularmente apta para armonizar naturalmente con su nueva manera de ser. Ulrike se siente satisfecha con su vida.

Ha encontrado la felicidad en este lejano nuevo mundo. En ocasiones, especialmente en días como hoy, ella siente la necesidad de dejar vagar sus pensamientos hacia épocas anteriores, hacia lugares que aún permanecen intactos en forma y colores en su memoria y que representan recuerdos que son importantes y valiosos para ella porque todo, lo que había sido y lo que aún es, ha contribuido a formar a la persona que es Ulrike hoy y a la que Antonio, su esposo, ha visto en ella desde el comienzo y que aun sigue viendo y amando.

La tarde se ha vuelto más fresca y Ulrike se levanta y, como siempre seguida por sus tres perros, entra en la casa para dentro de un rato, ahora que los hijos y los nietos regresaron a la ciudad, tomar una copa de vino con Antonio y brindar por su cumpleaños y por la vida de ambos en este pequeño y remoto refugio del “fin de mundo” que es **Los Anaucos**.



Para: **Dani**, quien ha logrado admirablemente establecerse en un país desconocido, nuevo para ella

Stefan, quien está descubriendo más y más un genuino interés en la historia de sus antepasados alemanes,

Kristin, quien en cierto modo aún está buscando su propia identidad y para quien este “documento” tal vez resulte de cierta ayuda.

Para: “**Linde**” y “**Ekkes**”